El imaginario de la conquista: 
*Felipe Pérez y la novela histórica*

Carmen Elisa Acosta Peñaloza
El imaginario de la conquista:
Félix Pérez y la novela histórica
EL IMAGINARIO DE LA CONQUISTA:
FELIPE PÉREZ Y LA NOVELA HISTÓRICA

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
Sede Bogotá

Facultad de Ciencias Humanas • Departamento de Literatura
El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica
© Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá
© Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Primera edición, noviembre de 2002
ISBN Colección 958-701-131-7
ISBN 958-701-245-3

Editora de la colección: Martha Echeverri Perico
Coordinación, revisión de estilo y preparación editorial: Editorial El Malpensante S.A.
Revision final: Luis Fernando García Núñez
Diseño de carátula: John Naranjo [sobre un esquema de Camilo Umaña Caro]
Diseño y diagramación: Claudia Bedoya, Editorial El Malpensante S.A.
Impresión: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
A Ricardo e Irene
1. La literatura en la formación y desarrollo de la nacionalidad

Durante el gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez se declaró, hacia el año 1858, la Confederación Neogranadina en una suerte de consenso político sobre el federalismo. Hacia tan sólo una década que se habían constituido formalmente los partidos políticos conservador y liberal y dos décadas más atrás producido la disolución de la Gran Colombia. La pregunta por el destino de la sociedad nuevamente conformada fue la preocupación generalizada de los grupos dirigentes, los que de alguna manera se consideraban responsables del destino de la nueva nación.

Muy joven, con tan sólo veintidós años Felipe Pérez concluyó por aquella época la publicación de cuatro novelas consecutivas sobre el pasado incaico y de conquista española del Perú. Sólo dos años atrás habían aparecido por entregas, en la prensa, sus novelas Huayna Capac y Atahualpa, un año después Los Pizarros y por último Jilma. Por medio de la literatura, al igual que varios de sus contemporáneos, buscaba elaborar una propuesta sobre el pasado que contribuyera a la consolidación del espíritu nacional. La literatura, además de entretenimiento, se convirtió en una forma de proponer una mirada sobre los problemas que aquejaron el presente y tuvo que ver entonces con la política.

La publicación de las novelas no fue la primera participación de Pérez en la vida pública. En 1852 había servido como secretario de la legación de la Nueva Granada que visitó el Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, de la cual fue jefe Manuel Ancizar. Por su parte, a los dieciséis años desempeñó el cargo público de gobernador de la Provincia de Zipaquirá y en el año siguiente, 1854, luchó en varias batallas contra la dictadura del general Melo.
A Enrique Pérez, uno de sus descendientes, se debe la biografía más completa de su vida. Afirma que Felipe Pérez nació el 8 de septiembre de 1836 en Sotaquirá, un pequeño pueblo del departamento de Boyacá. Era hijo de una modesta familia campesina. Se dice que a los 14 años escribió sus primeros versos e hizo sus estudios secundarios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y que a los 16 recibió el grado de doctor en Derecho en el Colegio del Espíritu Santo.

Su carrera política y administrativa fue permanente. Ya en 1861 el escritor fue procurador del Estado de Cundinamarca. Al año siguiente asistió a la Asamblea Constituyente del Estado de Boyacá y se desempeñó como subsecretario de Hacienda y de Tesoro. Durante 1864 y 1865 viajó a Estados Unidos y a Europa, época que relató detalladamente en su hermoso libro Episodios de un viaje. En 1866 y 1867 trabajó como rector del Colegio de Pérez Hermanos, actividad que desarrolló en compañía de sus familiares, entre ellos Santiago, que se distinguiría años después como Presidente de la República. Además Felipe fue elegido presidente del Estado de Boyacá en 1869 y ejerció ese cargo por dos años, al cabo de los cuales fue derrocado por una revolución local. Luego de organizar un pequeño ejército, combatió y se restableció en el poder. Como resultado de sus acciones militares, el Congreso lo nombró general de la República. Pero una vez recuperado su legítimo puesto, Pérez renunció. En 1872, fue elegido senador y presidente del Congreso. En 1876, de regreso a sus actividades de educador, trabajó como catedrático de Historia Patria en la Universidad Nacional y en 1881 en la misma universidad dictó los cursos de Sociología y Estética. En 1877 laboró como secretario de Guerra y Marina y combatió en la revolución, desencadenada ese mismo año en defensa de la soberanía de los Estados. Dos años más tarde fue elegido primer designado para la presidencia de los Estados Unidos de Colombia. En la revolución de 1885 sirvió de jefe de Estado Mayor del Ejército, y como consecuencia de la derrota de su partido fue desterrado. Felipe Pérez murió, afirmando que arrollado por un coche, en Bogotá en 1891.

---

Al tiempo que llevó esta activa vida política, Felipe Pérez consoli-
dó una seria actividad en el campo de la educación y de la escritura, lo
cual fue característico en esta época en la formación del intelectual la-
tinoamericano del siglo XIX. En 1853, a la edad de 17 años, escribió un
Análisis político, social y económico de la República del Ecuador. Entre
1856 y 1858 publicó las cuatro novelas históricas a las que se refiere este
trabajo, Huayna Capac, Atahualpa, Los Pizarros y Jilma.

En 1855 se encargó de la redacción del periódico El Tiempo. En 1858
fundó La Biblioteca de Señoritas, donde publicó varios artículos de
costumbres como “Los viajeros en Suramérica”, “Quién tiene la cul-
pa”, “Observaciones críticas”, algunos estudios de lingüística como “Fe
derrutas”, una especie de diccionario biográfico de escritores y hom-
bres célebres como Eugenio Sué, el Conde de Cagliostro, Miguel Ángel,
William Shakespeare, Lope de Vega, Pico de la Mirandola, fray Luis
de León, el duque de Alba, además de una serie de artículos sobre his-
toria de la música que tradujo del inglés. Durante su vida participó
además en otros periódicos como El Mosaico, Los Debates, El Comer-
cio, El Diario de Cundinamarca y La Opinión, en los cuales escribió
artículos sobre literatura, viajes y política. Trabajó intensamente so-
bre diversos temas. En 1862 publicó sus Anales de la revolución de 1860.
Además en lo que se constituye en una completa fuente sobre los Esta-
dos Soberanos y las regiones aledañas, redactó por encargo del gobier-
nos los Anales políticos, sociales y económicos de la República del Ecu-
dor, precedida de un resumen geográfico e histórico de la misma (1853),
Geografía física y política del Distrito Federal (1861), Geografía física y
política de los Estados Unidos de Colombia (1862), Geografía física y po-
lítica del Estado de Bolívar (1868), otro tanto hizo con los Estados de Mag-
dalena (1861), Panamá (1862), Cauca (1862) Santander (1863), Tolima
(1863), Boyacá (1863), Compendio de geografía universal: contiene la
geografía particular de los Estados Unidos de Colombia (1871), Com-
pendio de geografía elemental y prontuario del atlas colombiano (1888)
y Geografía general del nuevo mundo y particular de cada uno de los
países y colonias que lo componen (1888). Escribió además un Tratado
de puntuación castellana y su célebre El doctrinariismo y la autoridad.
En 1877 fundó el diario El Relator, donde aparecerían publicadas bue-
na parte de sus novelas.
La producción literaria de Felipe Pérez fue muy extensa. Además de las obras referidas a la historia del Perú, escribió una novela de tema indígena titulada *Los gigantes* (1875), ubicada momentos antes de la Independencia. Además produjo otro tipo de obras a las que buscó darles un fondo social con desarrollo de aventuras e intrigas como *Carlo-ta Corday* y *El caballero de Rauzán* (1887), que al igual que *Imina* (1881) tienen la particularidad de ubicarse en la historia y la geografía europeas. Escribió también *Sara*, novela dedicada a un hospicio en Bogotá, con la constante romántica de la muerte por amor. Varias novelas cortas fueron publicadas por entregas en los folletines de *El Relator*, entre las que se destacan *Los pecados sociales, El piloto de Huelva y Estela*.

Esta detallada relación de su vida tiene por objeto poner ante los ojos del lector una vida en la que se compartieron intereses múltiples en una actividad netamente política que destinó a Felipe Pérez tanto a la guerra como a los altos cargos de gobierno, tanto a la educación como a la prensa y a la literatura.

Para el siglo xix colombiano, como para el resto de América Latina, la herencia española se constituyó en uno de los elementos más polémicos en cuanto a la perspectiva con la cual se miró el presente y la necesidad de proyectarse hacia el futuro. De la toma de posición ante el pasado americano y su relación con España, dependió en gran parte el concepto de nación con el que se buscó consolidar las propuestas tanto políticas y económicas, como educativas y culturales.

La actitud ante dicha herencia, con matices variados y a veces poco claros, fue un factor determinante de diferenciación entre los partidos políticos liberal y conservador, creados en 1846. En principio, se puede afirmar que los liberales se opusieron a la continuidad de la tradición promoviendo el cambio a partir del reconocimiento de los principios políticos, económicos y culturales ingleses y franceses. Por su parte, los conservadores afianzaron sus ideales en la tradición española buscando la permanencia de las instituciones culturales sustentada en los principios del catolicismo. La actitud de los partidos provino entonces de los grandes conflictos del siglo: el pasado y el presente, el federalismo y el centralismo, lo nacional y lo extranjero. Pertenecía pues Felipe Pérez a un período de consolidación de la nacionalidad en la que su propuesta liberal lo condujo a un proyecto novelesco.
La expresión literaria que participó de manera más activa en este proceso es la novela histórica. La proliferación de obras permite suponer la necesidad de crear una relación con el pasado, que si bien fue propia de la expresión romántica europea de la cual provino, se adecuó particularmente a las necesidades culturales del período posterior a la Independencia.

Por otra parte, la función del pasado en la construcción de la nacionalidad fue uno de los objetivos que socialmente buscó la literatura del siglo xix colombiano. Así, la novela histórica intentó crear o participar en la consolidación de un imaginario colectivo, a la vez que se sintió portadora de las ideas de dicha colectividad. Me refiero al imaginario como un sistema de representaciones por medio de las cuales una sociedad se explica a sí misma\(^2\) y la novela como parte de él. Los textos fueron elaborados para que los lectores construyeran a partir de las obras una imagen particular del pasado tanto indígena como colonial. Con su contribución al imaginario colectivo, la novela consolidó su papel social. Partícipe del pensamiento romántico, asumió la preocupación constante por la influencia de la literatura en la sociedad, apoyada en dos de sus grandes preocupaciones, la instrucción y lo popular. La literatura fue utilizada por los liberales como herramienta apropiada para educar al pueblo.

La novela participó, pues, en el imaginario que conformó el espíritu nacional, a partir de la creación de una propuesta sobre el pasado indígena, de la Conquista y de la Colonia. Ella se constituyó en uno de los elementos fundamentales de las sociedades letradas para la formación y consolidación de la nacionalidad y para la difusión y defensa de sus proyectos ideológicos y políticos\(^3\).

En la primera mitad del siglo xix se estableció entonces por parte de un grupo de escritores la relación indisoluble entre literatura, imagi-


\(^3\) “El ejercicio de la literatura apunta a la construcción social de sentido antes que a la transmisión de mensajes acerca del mundo ... sin perder el sentido de la acción social”. Gabrielle Spiegel, en François Perus (comp.), Literatura e historia, Instituto de Mora, México, 1994, p. 127.
nario, nación y liberalismo. El imaginario se representó como forma de expresión presente en la obra: la novela histórica como el vehículo narrativo adecuado para la representación de un modelo nacional, mediado por la representación del pasado histórico. La novela fue una de las estrategias fundamentales de los neogranadinos para la construcción de imaginarios nacionales que requirieron la rearticulación de la experiencia histórica nacional. Imaginar el pasado se convirtió, en cierta medida, en la manera de reconstruir la historia y darle un sentido particular.

Felipe Pérez participó en este proceso con sus cuatro novelas históricas que se refieren al pasado incaico y de la Conquista: *Huayna Capac* (1856), *Atahualpa* (1856), *Los Pizarros* (1857) y *Jilma* (1858). Es inevitable para la construcción de nuestro pasado literario y su relación con la política inferir cómo la literatura participó en la construcción de una mirada sobre la presencia de los españoles en América y la manera como se proyectó en el presente del escritor neogranadino.

La respuesta que exige esta preocupación es el trabajo que el lector tendrá a continuación. Las tres partes: la temporalidad histórica en el tiempo de las novelas, la novela histórica y su valoración como género desde otros discursos, y la absorción del discurso de la historia, se consideraron fundamentales para reconstruir el papel social de las novelas sobre el pasado indígena y de conquista en las obras de Felipe Pérez.

2. Algunas consideraciones sobre la literatura contemporánea

Desde su juventud Felipe Pérez mostró gran interés por la política: perteneció al Partido Liberal de los Gólgotas, agrupados como conse-

---

cuencia de la consolidación de los partidos políticos en el año 1849, en torno a las propuestas liberales que buscaron “la redención de los pueblos”. Participó en las tensiones entre la educación privada y la pública y religiosa, la tradición y el cambio, entre lo nacional y lo extranjero, a la vez que en la decisión de conservar o destruir los elementos constitutivos del régimen colonial, lo que implicó la permanencia del régimen centralizado o la opción por la organización federal. Tanto los grupos liberales como conservadores se debatieron ante la necesidad de pensar la construcción de la nacionalidad.

Compartir las ideas del liberalismo le permitió a Felipe Pérez participar en la revolución que ya se había llevado a cabo en Europa por parte del romanticismo, que en una de sus múltiples facetas reivindicaba la importancia del pueblo. Participó en los orígenes del movimiento, en los que se reconocía una fuente espontánea, la vida misma, y otra elaborada, el modelo de otro lugar, actitud ésta que varios años atrás había encontrado sus vertientes más extremas en la polémica establecida por Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento y José Victorino Lastarria en Chile, en la que se puso en juego la originalidad en el uso de la lengua y la relación con la tradición española y europea.

El romanticismo europeo fue un movimiento que se adecuó a las necesidades de los escritores latinoamericanos no sólo por el caudal político que ofrecía sino por su interés en reaccionar ante las normas, la búsqueda de un lenguaje propio y la comunicación de una problemática vital. La exaltación del yo, el nacionalismo —apuntado por los autores latinoamericanos como la naciente conciencia de la unidad del continente—, el retorno a la naturaleza vista desde el plano realista, el intimismo, lo pintoresco y lo exótico con la moneda puesta al revés, la revalorización de lo popular⁶, fueron las respuestas americanas a la identificación con las formas europeas.

Los románticos latinoamericanos expresaron su intención de independencia política, filosófica y literaria como parte del espíritu del

siglo, como lo expresó por primera vez el argentino Esteban Echeverría. Aun así, en casos como el de la Nueva Granada la fuerza de la educación católica y los hábitos culturales del pasado no les permitieron desprenderse, como quizá hubieran deseado, de la tradición hispánica. Pedro Henríquez Ureña refiriéndose al romanticismo latinoamericano afirmó: “Nunca fueron rebeldes, pese a algunos ecos descarriados de Byron o de Espronceda; estrechos lazos los ligaban a la tierra y a la familia y a las costumbres tradicionales, y jamás llegaron a ser revolucionariamente individualistas”

Independencia, originalidad y representatividad fueron los tres elementos que condujeron la literatura romántica latinoamericana. Búsqueda de independencia de las letras españolas y portuguesas que muchas veces se convirtió en fallido anhelo, y que condujo a la dependencia, en varias oportunidades sin crítica, de las literaturas francesa e inglesa en un afán internacionalista, pero que también permitió la creación de obras con carácter propio como María (1867) de Jorge Isaacs. Originalidad que, a partir de lo anterior, se consideró posible, asumiendo a partir de la representatividad de la región de la cual surgía, marcando la diferencia con la realidad española, y que expresó además la diferencia con lo que se visualizó como único modelo de progreso, el mundo europeo. A partir de estos tres elementos, la literatura se convirtió en uno de los instrumentos más apropiados para fraguar la nacionalidad.

La literatura demostró su utilidad para la vida pública durante las guerras de independencia, la que conservó posteriormente al mantener las funciones públicas algunas veces al lado de la justicia social o al menos de la organización contra las fuerzas del orden. El romanticismo americano se distinguió por su interés en realizar la conquista literaria de la naturaleza como emoción estética de lo nacional.

Es notoria la abundancia de novelas que desde 1830 participaron de las características de la novela romántica europea. Algunos ejem-
plos de novela histórica son *Guatimozín* (1846) de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *La novia del hereje* de Vicente Fidel López (1854); de novela sentimental, *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre y *María* (1867) de Jorge Isaacs; de novela social, *Sabi* (1841) de Gertrudis Gómez de Avellaneda y *Cecilia Valdés* (1879) de Cirilo Villaverde; de novela política, *Amalia* (1851) de José Mármol; de novela costumbrista, *El hombre en situación* (1861) Manuel Payno y *La aritmética en el amor* (1860) de Alberto Blest Gana; de novela de ensayo, *Civilización y barbarie, vida de Juan Facundo Quiroga* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento.

La novela histórica tuvo estrechos lazos con el romanticismo, considerado el movimiento literario y cultural dominante en Europa durante la primera mitad del siglo XIX, y en varias oportunidades se habla de dicha escritura como novela histórico romántica. El surgimiento del historicismo y su inevitable interés por la historia propiciaron la preocupación por leyendas y tradiciones, la búsqueda de raíces de lo nacional en el pasado, la concepción orgánica de las sociedades (civilizaciones que nacen, crecen y mueren) y la noción de la ruptura del héroe con la sociedad⁹. *Jicoténcal* (1826), que trató sobre la conquista de México, fue la primera novela histórica latinoamericana que surgió, al igual que las obras que le continuaron, de la curiosa confluencia de la tradición que dejara la crónica de la Conquista y el ejemplo de la novela histórica y folletinesca europea.

Si bien Walter Scott fue el autor europeo por excelencia en el desarrollo de la novela histórica, y su influencia se dejó sentir en la literatura latinoamericana, para los escritores neogranadinos adquirieron gran importancia —en particular en los grupos liberales y en sus reproducciones en prensa—, las lecturas de Alejandro Dumas, Victor Hugo, Eugenio Sue y Chateaubriand, este último de gran recepción e influencia en la producción literaria hasta casi finalizar el siglo. Participaron también de la idealización romántica del hombre primitivo, sustentada en el plano filosófico por Rousseau y en el literario por Voltaire, Saint-Pierre y Chateaubriand.

---

Es fundamental señalar la relación que estableció la novela histórica con el pasado indígena. Fue amplia la producción de la novela indígena durante el siglo xix: “Todas las novelas en que los indios y sus tradiciones son tratados con simpatía. Gradaciones que van desde una mera emoción exotista hasta un exaltado sentimiento de reivindicación social pasando por matices religiosos, patrióticos o solo pintorescos y sentimentales”. Los escritores trataron algunos temas en los cuales utilizaron las propuestas de la novela romántica y que por su mirada hacia el pasado señalaron frecuentemente su carácter histórico: historia de la Conquista; rechazo al mundo español y evocación de personajes indígenas como ejemplo cívico, y la exaltación del amor. Eran comunes características como la idealización romántica del indio y la queja social, el indio guerrero y la heroína apasionada, personajes como el misionero y el conquistador, pintoresco en las costumbres, mitos y supersticiones. Una enumeración extensa de las novelas indígenas fue realizada por Concha Meléndez, obra en la cual también se encuentran una amplia cronología del período comprendido entre 1832 y 1889.

La literatura de la Independencia reforzó el carácter civil de las obras y en su reacción contra España los autores recurrieron a la tradición indígena, principalmente al incario y al optimismo acerca del futuro de América. Esa fascinación por el incario se vio en Simón Bolívar, en José María Olmedo, en Andrés Bello, en José María de Heredia y en José Eusebio Caro. En 1839 escribió Gonzalo Pizarro el peruano Manuel Asencio Segura, y anterior a 1836, en folletín, publicó el uruguayo Manuel Lucencio Acosta La guerra civil entre los incas. A esta tradición de escribir sobre los incas contribuyeron las obras de Felipe Pérez sobre la conquista del Perú.

Por otra parte, la obra de Pérez compartió en la Confederación Neogranadina el interés por el tema indígena que había sido inaugurado por Juan José Nieto en su novela Ingermina o la hija de Calamar (1844), y del que también participaría El último rey de los muiscas (1864) de Jesús Silvestre Rozo. La novela Los gigantes, del propio Pérez es

10. Concha Meléndez divide la novela indígenista en novelas históricas, novelas poemáticas y novelas indígenistas de reivindicación social.
también considerada indianista, por la aparición del chibcha como figura legendaria y central. Durante el siglo se produjeron variedad de obras históricas. También referente a la Conquista se publicaron obras como Un hidalgo conquistador (1880), de Soledad Acosta de Samper, sobre Alonso de Ojeda. Es importante señalar que durante el siglo XIX más que novelas de tipo indianista y de conquista, proliferaron novelas sobre la sociedad colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII, lo cual quizá estaba más acorde con el carácter costumbrista de la novela en dicho período. Se encuentran obras como El oidor (1850) de José Antonio de Plaza, Don Álvaro (1891) y Juana la bruja (1894) de José Caicedo Rojas. También se produjeron obras sobre la época de la Independencia, entre las que se pueden resaltar Sombras y misterios, o los embozados (1859) de Bernardino Torres Torrente, Pioquinta o el valle de Tenza (1873) de Eugenio Díaz Castro, El alferez real (1886) de Eustaquio Palacios, Polícarpa (1890) y Galán el comunero (1891) de Constancio Franco. Algunas novelas históricas no fueron de tema americano, como Los moriscos (1845), también de Juan José Nieto, y Las dos reinas de Chipre (1878) de Soledad Acosta de Samper.

La literatura se constituyó, entonces, en un elemento fundamental de las sociedades letradas, para la formación y la consolidación de la nacionalidad. Felipe Pérez participó en la propuesta romántica que en su vertiente histórica y en la preocupación por el pasado indígena construyó una serie de cuatro obras que, al contribuir al interés particular de consolidar un sentimiento nacional, se cuestionó sobre el pasado indígena y de la Conquista, en un interés amplio por colaborar con la mirada que sobre el mundo español producía la literatura y el propósito que así asumía ante sus lectores. Fue ésta la función social de la que participaba la literatura. A este aporte de la narrativa de Felipe Pérez y a su análisis, en el que dialogan la mirada de la literatura y de la historia, invito al lector a ingresar a continuación.

12. En el caso de la novela del siglo XIX colombiano no se ha realizado todavía un inventario detallado y completo de las obras históricas, publicadas tanto en libros como en prensa. Trabajo inicial es el de Donald Mc Grady ampliando el estudio realizado por Antonio Curcio Altamar.
TEMPORALIDAD HISTÓRICA
EN EL TIEMPO DE LAS NOVELAS

el tiempo que todo lo olvida o, mejor dicho,
que todo lo hace olvidar...
—ATAHUALPA

La conquista de América, Francisco Pizarro, la grandeza y la caída del imperio inca y los reyes del sol fueron fragmentos importantes del pasado que había transcurrido casi tres siglos atrás e hizo parte de la memoria y el olvido de los americanos. El grupo letrado de mediados del siglo XIX, distante apenas treinta años de la independencia de España, necesitó volver a situarse ante dicho pasado, en su afán por construir la nación. La novela fue útil para este propósito, al igual que las formas europeas desarrolladas por el romanticismo.

Esta toma de conciencia propició las puestas en escena del pasado en el presente, dándole así una función activa a la literatura dentro de los diferentes criterios que ante dicho pasado asumieron los neogranadinos. Ellos participaron del hecho —que se puede generalizar— en el que las percepciones que la sociedad tuvo sobre su pasado estuvieron determinadas y determinaron la manera como ésta concibió su propio presente. En sus discursos contemporáneos existió, así, la necesidad de explicar de qué manera llegó a lo que actualmente era y cuáles eran los elementos de diferenciación con lo que había sido. La escritura surgió, entonces, como lo que faltaba, lo que hoy nos ayuda a explicar en parte las relaciones que estableció en el presente, no sólo desde la tradición sino también desde el cambio.

A partir de una conciencia literaria de la existencia de diversos tiempos y espacios y las diferencias que marcaron las relaciones entre

---

el presente y el pasado se construyeron las diversas versiones acerca de ese pasado. Fue así como se produjeron discursos que en la novela pretendieron configurar una realidad que, aunque parecida, fue diferente de la reconstruida por la historia.

De la necesidad de comparación y diferenciación surgió, entonces, la necesidad de novelar la historia, de trasladarla a otra realidad en la que sus posibilidades de pensar el pasado se absorbieron por los intereses narrativos e ideológicos del presente. Así, la novela histórica buscó contribuir a esa reconstrucción del pasado por medio de una apropiación de la temporalidad y la espacialidad en la ubicación fija de unos personajes. Felipe Pérez encontró en su presente la necesidad de novelar el pasado de la conquista del Perú, escribiendo cuatro obras, que de manera continua pero independiente narraron cuatro temporalidades: *Huayna Capac* (1856), el período del poderoso imperio inca; *Atahualpa* (1856), la época de la división del imperio; *Los Pizarros* (1857), el proceso de conquista y sometimiento del imperio inca por parte de los españoles, y *Jilma* (1858), la nueva división del territorio y muerte de la última descendiente de los incas y del último conquistador español Gonzalo Pizarro, en el que se relató el ingreso a la Colonia. El autor buscó expresar el vacío de un pasado “que se refiere a sucesos que tuvieron lugar en una época remota y en el seno de una civilización especial, débil o absuradamente transmitida hasta nosotros por cronistas baladíes o exagerados” y la necesidad de llenarlo ya no con la historia sino con la literatura.

Referente a esta actitud propia de la narrativa del siglo pasado, György Lukács explicó la necesidad de retornar al pasado, en el caso del siglo XIX europeo, en una respuesta que adquirieren los individuos de su existencia como algo históricamente condicionado. A partir de 1814 se robusteció el sentimiento de la historia, que se concebía como un proceso ininterrumpido que intervenía directamente en la

---

2. El uruguayo Manuel Luciano Acosta noveló, por primera vez en castellano, la lucha civil entre Huáscar y Atabalipa en *La guerra civil entre los incas*. Aunque la obra fue escrita antes de 1846, sólo se publicó en 1861.

vida de cada individuo. Este sentimiento condujo a la necesidad de configurar su propio presente como momento de la historia⁴.

En la percepción sobre el pasado también existió para los neogranadinos una concepción de la ruptura, la cual consistió en participar de una realidad nueva, dentro de un proceso temporal histórico, en el que el período de la Independencia marcó una diferencia con el pasado colonial y más aún con un pasado que se hizo legendario y distante, como fue el que había transcurrido tres siglos atrás con la conquista y los primeros momentos de la Colonia.

Cabe preguntarse, entonces, por qué Felipe Pérez, igual que otros autores de su época, consideró que la historia de la Conquista era apta para ser novelada. ¿Cómo construyó ese mundo amoblado⁵ a partir de estrategias que permitieron establecer una serie de relaciones entre el tiempo y el espacio, para formular determinados tipos de personajes, fundamentalmente los héroes y sus acciones? ¿Cómo en la conciencia de la escritura de la novela concibió la función de la literatura ante la veracidad de la historia? Éstos son los interrogantes que conducen esta primera reflexión, con el fin de establecer la manera como el autor propuso una mirada particular de la relación entre el mundo español y el mundo americano.

1. Desplazamientos del tiempo y el espacio en el pasado

*Lo que importa hoy es manejar bien la espada: esa es la primera sabiduría del siglo.*

—Los Pizarros

Volver a decir, relatar hechos no sólo ocurridos sino además ya relatados, comportó la noción, para Felipe Pérez, de estar elaborando un texto nuevo. No sólo formuló en su obra la constante confrontación con los trabajos escritos en la Colonia y a principios de siglo sobre el pasado de la conquista del Perú, sino que además construyó en el tex-

---

to un imaginario sobre la percepción del pasado, conformado por lo histórico y sus desplazamientos y transformaciones generadas en la escritura de lo novelesco\textsuperscript{6}. Dicha intención estuvo concebida desde el inicio de la publicación. De las cuatro obras, dos tuvieron prólogo de autor: \textit{Huayna Capac}, en la dedicatoria a su amigo Alpha, seudónimo de Manuel Ancizar\textsuperscript{7}, y en \textit{Los Pizarros}, antecediendo a la segunda parte. En ambos textos se puede observar el marco más explícito de las obras y su concepción sobre la novela.

El interés por contribuir a la naciente literatura nacional con la publicación de una serie de novelas históricas, bosquejo de las últimas décadas de los incas, hizo que el propósito de la escritura estuviera centrado en una realidad que el autor denominó indígena, siguiendo la actitud de sus contemporáneos. Pérez sintió que participaba en el inicio de una tradición cuyo objetivo era reconocer el pasado americano y consolidar sus experiencias particulares. Fue así como Felipe Pérez partió de la dificultad en la asimilación del lenguaje, dada no sólo por la distancia temporal entre la historia del pasado y el presente, sino por la reconstrucción de un mundo que no era fácil de apropiar por medio de una lengua ajena: “Cómo trazar una palabra indígena, que más remeda el grito del ave o el rugido de la fiera que un acento de ser racional”\textsuperscript{8}. De esa manera, la historia y el relato se distanciaron por medio de la elaboración escrita, la que fue consciente de su fracaso ante la realidad que intentaba reproducir. Era una dificultad que ya habían per-

\textsuperscript{6} La aproximación a las obras de Felipe Pérez exige moverse entre la unidad concebida por las cuatro obras y la particularidad de cada una de ellas. Más aún, esto se convierte en dificultad al darse una diferencia sustancial en su extensión, ya que \textit{Los Pizarros}, de 550 páginas, se diferencia de las demás, que oscilan entre 150 y 180 páginas. Además esta obra es quizá la más elaborada de las cuatro por el periodo y el tema novelado. También se constituye en la más intensa y en la que pueden percibirse mayores tensiones.

\textsuperscript{7} Manuel Ancizar nació en Fontibón, población cercana a Bogotá, el 25 de diciembre de 1812. Realizó estudios de Derecho en La Habana, Cuba. Fue uno de los fundadores de la Imprenta El Neogranadino, y del periódico del mismo nombre, en el que se destacan sus editoriales políticos. Su obra más reconocida fue \textit{Peregrinación a Alpha}. Escribió también \textit{Elenco de física particular y Deuda del Perú a Nueva Granada}. Murió en Bogotá el 21 de mayo de 1882.

\textsuperscript{8} Felipe Pérez, \textit{Huayna Capac}, op. cit., p. 4.
cibido los primeros cronistas de Indias en su intento por describir la realidad americana. Felipe Pérez señaló, así, la primera distancia entre el pasado y el mundo construido por el lenguaje novelesco del presente.

A diferencia de las dos obras dedicadas a relatar el pasado puramente indígena, *Huayna Capac y Atahualpa*, el autor tomó conciencia de las posibilidades que su lengua le permitía para relatar el mundo español. Así, en el prólogo a la segunda parte de *Los Pizarros*, Pérez se detuvo para convocar al lector a trasladarse al mundo de lo conocido. Allí la novedad estuvo en la construcción del relato de Pizarro y su viaje a España, donde se introdujo en una realidad con presupuestos conocidos culturalmente, como el reinado de Carlos V.

Para este fin, la oralidad y la escritura se convirtieron en los fundamentos de las obras. La oralidad, porque las historias pertenecían a la tradición más consciente de los lectores al participar de su tradición histórica y heroica; la escritura, porque el autor transformó no sólo la extensión de los relatos sino las propias historias, los motivos de los personajes, los ambientes, etc. Fue como si el autor quisiera modificar los hechos del pasado por medio de la ficción.

Dado lo anterior, las obras se estructuraron a partir de la dinámica que se imprimió a los ejes del tiempo y el espacio, en la consolidación de los personajes. En la construcción de las obras pueden plantearse dos planos fundamentales: el que correspondió a la historia ya ocurrida y relatada, la precolombina y la de la Conquista, que utilizó el autor como escenario, y el de la novela, que se planteó como la acción que desarrollaron los personajes en dicho escenario. Fue quizá en esta

---

conjunción de los hechos y la acción donde el autor buscó el punto intermedio entre lo histórico y lo literario, o mejor, intentó la fusión de los dos planos en la articulación entre el tiempo y el espacio.

Las cuatro obras fueron construidas a partir de cuatro periodos, dos incas y dos de conquista española. En ellos los desplazamientos espaciales permitieron estructurar las tensiones a partir de una constante, quizá la fundamental, en su concepción narrativa: el territorio y su posesión.

La novela *Huayna Capac* trató sobre la primera conjura de un pueblo que vio dominado su territorio por el imperio inca y de esta manera buscó no sólo la independencia sino también la venganza. A su vez, la verdad se descubrió en un lugar distante al centro de poder, en una celebración, en una fiesta de cacería, dispuesta para la lectura de los oráculos. Por su parte, *Atahualpa* narró la lucha por el territorio entre los de Quito y los de Cuzco, en la búsqueda de los primeros por reasumir la autonomía de su territorio. *Los Pizarros* contó la conquista del imperio inca por parte de los españoles, en su desplazamiento de Panamá al Perú, y de los viajes y las marcadas diferencias entre el territorio español el americano. Por último, *Jilma* se convirtió en la novela de la posesión definitiva del territorio americano, en la pérdida del poder de los últimos Pizarros a manos de los colonizadores españoles, que se desplazaron transformando el espacio de conquista con su nueva presencia, en el transcurrir del tiempo de la Conquista a la Colonia.

2. *Conquista del tiempo y del espacio*

La conquista en el tiempo y la conquista del espacio fueron, pues, los móviles de las obras escritas por Felipe Pérez. Las novelas relataron viajes de conquista que transcurrieron en el tiempo del pasado y que reconstruyeron una época determinada por medio de una cronología y la creación de una distancia temporal.

Por una parte, la temporalidad histórica se construyó en la conciencia de la existencia de un antes y un ahora unidos por una línea temporal. Dicha línea fue cuidadosamente marcada y señalada por el narrador al ir presentando fechas exactas que correspondieron a los grandes acontecimientos. Se enunciaron, por ejemplo, fechas como el
29 de agosto de 1533, día de la ejecución de Atahualpa, y el 26 de junio de 1541, día del asesinato de Francisco Pizarro, pero también aquel enero de 1530 en que retornó Pizarro de España a América, y el año 1541 como la época en que fray Bartolomé de las Casas convenció a Carlos v de transformar la legislación sobre el trato que debía darse a los indígenas. Pero aún más, se enfatizó en la diferencia entre semanas y días, y se señaló el transcurrir de los meses y de los años. En la presentación del pasado indígena fue explícita la necesidad de una clara ubicación ante el presente narrativo, y de darle una espacialidad correspondiente a su manera de cuantificar dicho pasado. Así, Huayna Capac, la primera novela, inició: “En la América del Sur, hacia un extremo occidental, se dilataba hace hoy cuatro siglos y medio el imperio poderoso de Tawantsuyu...”\(^{10}\). Esta actitud narrativa contribuyó no sólo a hacer verosímiles los hechos, sino que permitió la creación de una cronología en la concepción histórica de reconstruir una sucesión temporal.

Por otra parte, simultánea a la concepción cronológica del tiempo, quizá existió en el siglo xix una voluntad consciente de comprender y de señalar una ubicación en el tiempo histórico. De ahí la tendencia de Felipe Pérez a diferenciar las características de la época, del presente vivido, y lograr formas de periodización que permitieron la ubicación de un continuo temporal. El autor buscó señalar la diferencia explícita entre esa época, la del pasado lejano, y la época en la que ubicó al narrador\(^{11}\). A la vez, propuso establecer una línea de continuidad, no una generalización de valores universales atemporales. Fue una mirada histórica que pretendió generalizar, a partir de unos rasgos, unas características que aunque tuvieron que ver con particularidades culturales y espaciales, se aglutinaron en la pertenencia a una temporalidad compartida. Se trató de un tiempo diferente señalado

---

\(^{10}\) Felipe Pérez, *Huayna Capac*, op. cit., p. 5.

dentro de una periodización ya caracterizada y avalada por el propio paso del tiempo. El concepto histórico fundamental con que el narrador describió ese acontecer temporal y con el que le aprehendió en sus constantes fue el concepto de época. La época del pasado de la Conquista se ubicó en varias oportunidades como consecuencia de la Edad Media y el período feudal: “En el siglo XV I, en que empezaba el hombre a volver en sí del prolongado sueño de la Edad Media” 12.

En la siguiente sentencia sobre el paso del tiempo y de la fusión del tiempo americano en el europeo puede notarse la conciencia por parte del narrador de referirse a una periodización concreta. En ella cayó todo el peso de la Conquista, sus causas y sus consecuencias:

El inca había caído para siempre, y detrás de él se elevaba la figura grave del caballero de la edad media, salida del castillo gótico de sus antepasados como un fantasma ominoso del roto murallón de un antiguo templo en el desierto. A la civilización patriarcal de Aduar, al trono de joyas y plumas del jeque primitivo, iba a sucederse la civilización temeraria del feudalismo ... 13.

Esta línea continua entre pasado y presente estuvo siempre determinada en las novelas por una constante de ruptura que diferenció el hoy del ayer y logró que pudiera percibirse de una manera distinta la realidad del presente:

¡Pobre América! ¿Qué sería de ti, después de tanta mengua, sin el recuerdo de Junín y Boyacá, Carabobo y Bárbara? Sin el recuerdo de tus gemelos Bolívar y Washington, tus celestes regeneradores 14.


13. Ibid., p. 368. Ya señalaba György Lukács como característica de la novela histórica desde Walter Scott el hecho de la construcción de la obra a partir de la deducción de la particularidad de los hombres que actúan en la peculiaridad histórica de su época.

La referencia a la ruptura generada por la Independencia propició un acto de valoración histórica. La voz plena del autor-narrador que intervino en el relato recordó la necesidad de tener en cuenta el hecho de estar ubicados junto con el lector en una época nueva, distinta y reciente en la que era necesario efectuar una revalorización del pasado a partir del pensamiento de la Independencia. Simultáneamente señaló, aunque en pocas oportunidades, similitudes y constantes entre dichas épocas por medio de un proceso de generalización. Un ejemplo en *Huayna Capac*: “El pueblo empleó el resto del día en embriagarse y bailar; pues aunque distinto del de nuestros días, a este respecto tenía muchas conexiones con él. El pueblo en asunto de fiestas siempre será el pueblo”16. Este tipo de generalizaciones fue además común en otras obras contemporáneas a las de Pérez, denominadas históricas de carácter costumbrista. En ellas no se buscó desarrollar un pasado heroico o conflictivo, sino los elementos de permanencia histórica: las costumbres como portadoras de la tradición, en las que permanecía el pasado haciendo presencia en el presente.

De esta manera, las novelas de Felipe Pérez se construyeron, más que en la realidad de los hechos, en una narración consolidada en la concepción que sobre la temporalidad fue definida el autor que se asomó detrás del narrador. Éste se ubicó en la conciencia de su participación en el tiempo y en la manera como su narración intervinó en él. Dadas sus características, el tiempo pasado pudo ser observado a partir del presente, lo que a su vez era útil para la reflexión del narrador sobre el resultado del desarrollo temporal en su propia época:

En aquel dichoso siglo de lombardas y murallones ni la imprenta había empezado a despabilar a las gentes, ni las discusiones sobre derechos del hombre traían de mala guisa a los reyes. Exento el feudalismo de cámaras, telégrafos, ferrocarriles y vapor, echaba aún a pierna suelta sus ronquidos postreros; el señor sin curarse del vasallo, el vasallo

---

sin curarse del señor: especie de parodia de la edad de oro de los poetas, pues el lobo descansaba junto al cordero y la zorza junto a la perdiz... ya se ve estaban todos dormidos\textsuperscript{17}.

Se trataba de la construcción de relatos en los que la intención narrativa, presentada de manera explícita y detallada por el narrador, se constituyó en el fundamento de los diálogos directos y en el soporte de los discursos previos elaborados desde la voz de la historia.

Entonces, puede plantearse que existe en estas obras la posibilidad de la construcción de mapas espacio-temporales, que en últimas tienden a fusionarse. Por un lado, fue el espacio de España con una tradición histórica claramente determinada por la pertenencia a un mundo europeo que hizo gala de su pasado grecolatino, de la existencia de grandes ciudades representativas de una tradición y que en España se centraron en Sevilla, Madrid y Toledo, con el mundo de la corte. Al otro lado del mar, que le separó de España por la distancia espacial y temporal, estuvo América, que contaba con otro pasado, el indígena, que se reconstruyó como la participación del hombre en su afán de edificar un imperio inmerso en una naturaleza paradisíaca\textsuperscript{18}. Aquí la estrategia narrativa de la comparación en las obras fue útil para intentar neutralizar las diferencias entre los dos mundos, con el fin de poder confrontarlas. El mundo americano debía tener el mismo nivel del europeo para así proponer una comparación en equilibrio tanto temporal como espacial. El valor que para el presente tuvo la propuesta de Felipe Pérez estuvo centrado en la neutralización del tiempo y el espacio en la historia.

De esta manera un elemento, la neutralización de las diferencias en el paso del tiempo, estuvo dado por las transformaciones espaciales, en las que el papel fundamental lo tuvo la fundación de las ciudades y su detallada descripción\textsuperscript{19}. La ciudad española va a transformar

---

18. El narrador refiriéndose al sol español afirmó: "... otro sol, el sol mortecino de los Atiás y los Nerones, pero nunca el sol de los incas". \textit{Ibid.}, p. 174.
de manera permanente el paisaje americano. José Luis Romero plantea cómo España imaginó su imperio colonial como una red de ciudades. La fundación de la ciudad implicó, más allá de una nueva presencia física, la creación de una sociedad que buscó ser homogénea, compacta y militante. Esta actitud implicó el desconocimiento del entorno preexistente y de un desarrollo dependiente del carácter europeo y católico que le hizo carecer de desarrollo espontáneo.

Quizá esta percepción de la importancia civilizadora de la ciudad permaneció en la propuesta del autor neogranadino. En la narración de Felipe Pérez las ciudades, su descripción y comparación, tanto en el caso europeo como en el americano, se constituyeron nuevamente en factor de confrontación y de tensiones entre los dos mundos.

El autor integró una unidad temporal y espacial; buscó configurar unos ejes estables, en los que las ciudades indígenas pertenecían a la tradición de las ciudades del otro lado del océano y les eran equiparables. Temporalmente desplazó las ciudades peruanas al pasado reconocido por Europa como el origen más remoto de su civilización: “Nada tan bello ni opulento como el Cuzco (...) Las calles revestidas de alfombras riquísimas ahogaban el paso de la multitud curiosa y atolondrada, los arcos triunfales casi se doblegaban al peso de las flores y los brocados, y el pórfido y el mármol relucientes de las fachadas de las casas, daban a la ciudad el aspecto de una metrópoli antigua, grande como Balbec, poderosa como Cartago, opulenta y sensual más que Babilonia”. Eran recuerdos culturales del esplendor copiados de la antigua Roma, en los que se tradujo la piedra de las construcciones incaas al mármol utilizado por los europeos. La sorpresa ante la magnitud de las construcciones hizo que el autor-narrador ratificara, en una expresión muy criolla, que “con razón han hecho colocar a los peruanos antiguos entre los primitivos cíclopes de Grecia” y comparará sus construcciones: “Muy grande, en verdad, debió de ser la admiración de los conquistadores ante ciudad tan espléndida, ante aglomeración de monumentos semejantes, junto a los cuales las pirámides de Egipto y los laberintos de Creta, Rodas con su coloso y el desierto con su Esfinge, no eran más que montes de guijarros faltos de armonía, faltos de robustez y esplendor!”

La ciudad entonces se convirtió en el centro del poder, y las novelas se ubicaron en la polémica entre naturaleza y cultura, entre civilización y barbarie propia del siglo xix\textsuperscript{21}. De esta manera, la construcción de una realidad a partir de una descripción geográfica minuciosa de la riqueza natural fue el elemento inaugural de las obras. La ubicación de la historia inca partió de la descripción del espacio que le determinó y que fue el objeto de la conquista: El Tawantisuyu “extendiese desde el Chimborazo y el Soratá hasta el Pacífico; y desde el Atacama hasta el Rumichaca. De modo que estaba encerrado entre el océano de agua y de arena...”\textsuperscript{22}.

La reconstrucción de ese mundo del pasado detallado en la naturaleza hizo parte, en la primera mitad del siglo xix, de la necesidad de los americanos de reconocer su entorno. El mundo natural había sido varias veces descrito por los viajeros extranjeros y ahora debía darse no sólo la descripción del viajero americano por sus tierras\textsuperscript{23}, sino a partir de sus diversas perspectivas culturales. Proyectos como el que concluyó en la Comisión Corográfica, iniciada en 1859, que de alguna manera continuaran la labor emprendida por José Celestino Mutis, intentaron darle solidez a una realidad que después de la Independencia se encontraba dispersa\textsuperscript{24}. Era un intento más, por parte de los neogranadinos, por construir la patria americana. El propio Felipe Pérez fue encargado durante varios gobiernos de la elaboración de la geografía física y política de los Estados Federales\textsuperscript{25}.

\textsuperscript{21} Afirmó Francisco Pizarro en su intención de fundar Lima: “Cuando la historia venga a recoger mis huellas a esta región grandiosa del mundo, no encuentre solo parches de sangre y blancas osamentas: quiero que halle también obras de civilización y de piedad”, \textit{Ibid.}, p. 472.

\textsuperscript{22} Felipe Pérez, \textit{Huayna Capac, op. cit.}, p. 5.


\textsuperscript{25} Para dar algunos ejemplos Felipe Pérez escribió \textit{Anales políticos, sociales y económicos de la República del Ecuador, precedida de un resumen geográfico e histó-
Puede plantearse, entonces, que cuando el narrador de las novelas se desplazó con sus personajes hacia España, las características que emparentaron su relato, en la primera parte, al realizado por los viajeros fueron reemplazadas por el relato de aventuras. Durante el viaje de Sevilla a Madrid emprendido por Francisco Pizarro se intercalaron las aventuras de piratas y corsarios en el Mediterráneo narradas por Candia, y las aventuras de atracos y engaños vividas por los viajeros.

La novela en la que intervino de manera más explícita la espacialidad en la conformación de su estructura fue *Los Pizarros*. Lugares centro fueron España (Sevilla y Toledo) y América (Panamá y Perú). Los viajes y desplazamientos a Panamá, España y Perú marcaron la división de la obra en tres partes. Si bien lo que interesó a la Conquista fue el oro, ésta se logró por la transformación del mapa, recorriendo espacios, en un aquí diferente al allá.

En *Jilma* el conflicto ya no vino dado por la oposición entre el mundo americano y el mundo español. Se marcó como fondo la naturaleza americana, con las ciudades transformadas en fortín español que sirvieron de espacio para el conflicto entre los diferentes intereses españoles. Los centros en oposición fueron Lima y Cuzco. Lo importante en la construcción de estos mapas fue el hecho de que se trataba de puntos que unían espacios para el viaje. Su carácter central adquirió importancia en la medida en que se construyó como fortín de oposición al otro, el que debía desplazarse abandonando lo propio para intentar adquirir un nuevo espacio.

Así como el mundo americano se construyó a partir de la descripción que buscó la exactitud geográfica por parte del narrador y los desplazamientos temporales, también estuvo la imagen que en el transcurso de la obra se dio de los procesos de relación con el otro, y que fue

---

*ricó de la misma* (1853); *Geografía física y política del Distrito Federal* (1861); *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia* (1862); *Geografía física y política del Estado de Bolívar* (1868). Otro tanto hizo con los Estados de Magdalena (1861), Panamá (1862), Cauca (1862), Santander (1863), Tolima (1863), Boyacá (1863). También: *Compendio de geografía universal: contiene la geografía particular de los Estados Unidos de Colombia* (1871); *Compendio de geografía elemental y prontuario del atlas colombiano* (1888) y *Geografía general del nuevo mundo y particular de cada uno de los países y colonias que lo componen* (1888).
construyéndose a partir de unos discursos particulares. Fundamentalmente estuvo el discurso de la exaltación, de lo imaginado, de lo que se dijo sobre el mundo recién conquistado. Se trataba de un escenario al cual pudo trasladarse la añoranza por el Edén. En efecto, Felipe Pérez recogió la preocupación europea de reencontrar la ubicación del paraíso perdido: “Segundo edén en que el león de las selvas guardaba el sueño de la virgen con la mansedumbre del can, y la blanca paloma y el pardo ruiseñor moraban entre mirtos y ababoles”\textsuperscript{26}.

En América se percibió la unión indisoluble entre la naturaleza y los individuos que compartieron con ella en un nivel de igualdad. Los españoles pertenecían a otra tradición, a la “civilización intelectual detenida al otro lado de los mares”. Y es así como se concibió el proceso de conquista, como el triunfo del hombre sobre la naturaleza: al dominarla de manera heroica como lo hizo Francisco Pizarro en su travesía por el Océano Pacífico, pero a la vez en la ruptura que propició entre el mundo natural y la cultura inca\textsuperscript{27}. Con esta propuesta Pizarro se constituyó en el hombre que cambió su época, abandonó el feudalismo para hacerse moderno. La naturaleza americana, como el león ante Candía, se rindió a los pies del europeo.

En la naturaleza se percibió también el paso del tiempo: “... dilatábanse en copos las exhalaciones de volcanes que acaso no son ya sino montes de ceniza”\textsuperscript{28}. Pero con el proceso de la Independencia el narrador señaló cómo se recogía la imagen de la naturaleza indígena y cómo su asimilación era portadora para el presente de la idea de libertad: la asimilación del cóndor de los Andes, imagen de fuerza y de valor, y su relación con los pueblos libres.

A la descripción geográfica de la riqueza natural siguieron la descripción política, las leyes y la división territorial y económica. Una vez elaborado el marco o escenario general se ubicó a los individuos, describiendo sus relaciones sociales. En las ciudades estuvo marcada la diferencia del mundo cortesano con el mundo del pueblo. Como com-

\textsuperscript{26} Felipe Pérez, \textit{Los Pizarros, op. cit.}, p. 156 (ababol es la planta de la amapola).
\textsuperscript{27} “El hombre había dicho: yo lo quiero; y la naturaleza era débil ante aquella volición suprema”, \textit{Ibid.}, p. 62.
\textsuperscript{28} Felipe Pérez, \textit{Huayna Capac, op. cit.}, p. 5.
plemento a la separación radical entre los mundos y los tiempos, se dio la separación entre los diversos estamentos sociales: el mundo de los reyes, fuera europeo o americano, y el de los súbditos. La experiencia de Francisco Pizarro en la corte de Carlos V hizo que sus inquietudes frente a la sociedad generaran la reflexión del narrador:

¿Qué sociedad era aquella donde faltaba el lecho para un enfermo, un pan para tres hombres? ¡Ah! Era una sociedad aristocrática, en donde una organización feudal cerraba los caminos de la prosperidad a toda criatura a quien tocaba en suerte nacer fuera de los muros de los castillos. En cambio, los que nacían dentro tenían salones donde divertirse, parques donde cazar, alcobas suntuosas y cenáculos resplandecientes. (...)

Entonces no fructificaba la tierra sino para el señor de ella; y la horca levantada en el lindero de sus pingües estados era el símbolo mudo, pero elocuente, del poder de su raza, su fuerza y su tiranía. El vasallo debía verla y temblar²⁹.

Fue este otro factor que neutralizó las diferencias. Tanto la corte del inca como la del rey estuvieron fundamentadas en la separación irreconciliable entre la clase gobernante y el pueblo.

La diferencia espacial fue determinada, a la vez, por un elemento que marcó nuevamente la comparación: las diferencias raciales. Aunque no estaban enunciadas por el narrador directamente, sí fue clara su diferenciación y comparación como factor que estructura las obras por dos vías. Por una parte, la que tuvo que ver con la mirada sobre el otro, en escenas en las que se detallaba la actitud de los dos pueblos en sus primeros encuentros, y en las que se describía no sólo el entorno sino a los individuos y sus características. Estuvo siempre presente la voz del narrador que se encargó de comparar la belleza física del indígena frente a la del europeo. Manco, quien jugó un papel fundamental en el proceso de conquista, fue comparado con Apolo: “Blanco y barbado como el europeo, Manco hubiera sido apenas un hombre común en cuanto a belleza; pero cetrino y lampiño, con las facciones

²⁹. Felipe Pérez, Los Pizarros, op. cit., p. 287.
artísticamente delineadas, los ojos lánguidos y ... la nariz, era más que un hombre hermoso, era una criatura perfecta”.

Hablar sobre la mirada del otro, su construcción en América y la manera como intervino en el discurso narrativo estuvo presente en la totalidad de los textos de Felipe Pérez: primeras miradas entre españoles e indígenas, la historia de la negra en Toledo30 y la particularidad de un personaje como Candia que de origen griego fue el portador de los valores adjudicados por Occidente a su raza como son la sabiduría y la bondad, que se exaltaron en toda la obra.

Por otra parte, a la par que se describieron las razas y sus diferencias, el argumento de las obras estuvo sustentado no sólo en la mirada que se constituyó ante el otro, sino en la búsqueda de la fusión con él. Hubo énfasis en los diversos procesos de conquista territorial representados en la relación amorosa entre personajes de diversos orígenes y la fusión de las razas: Huayna Capac se enamoró de la de Quito, de quien nació Atahualpa; Gonzalo Pizarro tuvo con Coya una hija llamada Jilma; Fernando Pizarro y Florazul tuvieron un niño que murió refundido con su madre en las tierras españolas. Estas relaciones se dieron tanto en América como en el territorio español.

Si bien los anteriores desplazamientos espaciales y temporales pretendieron realizar un escenario apropiado a las condiciones del mundo real, Felipe Pérez buscó también aproximar dicha realidad a un mundo más literario. De esta manera se integró el mundo indígena a la tradición universal, en un intento por referirse a otras tradiciones diferentes del mundo grecolatino. En el tiempo, no dejó de asombrar la referencia al uso de las costumbres sajones por parte de Huayna Capac31. En el espacio, en las cuatro obras, América fue comparada con el mundo oriental, con lo exótico. Se adscribió así la narración a la característica romántica de exaltar la curiosidad por el pasado en el que estuvo presente lo misterioso y, lo más importante, lo diferente. En la novela Huayna Capac se dio el similitud con Las mil y una noches: se compararon los jardines de Yucay con los descritos en el relato de Ala-

30. Ibid., p. 243.

[36]
Pérez compartió así el auge que en el siglo XIX tuvo en la literatura el orientalismo y el exotismo, que podía asimilarse a la valoración de culturas primitivas, no sólo como fenómenos artísticos y literarios sino como hechos culturales. La vida exótica se convirtió en un valor que acababa cuestionando el mundo europeo. Lo que fue inevitable para los viajeros del siglo XIX, fue imprescindible para el desplazamiento histórico que buscó Felipe Pérez.

Fueron constantes los intentos de neutralizar las dos tradiciones culturales, la española y la indígena, en un afán por ubicarse el autor-narrador en ambos mundos. Exceló el mundo americano anterior a la Conquista y, simultáneamente, asumió su pasado como perteneciente a la tradición española. No pueden pasarse por alto sus continuas referencias a los antepasados hispánicos en las que con un “nosotros” englobó su tradición y las de los lectores: “Nuestros abolengos”, la raza de nuestros abuelos, nuestros mayores como eminentemente españoles: “Mas ya todo eso pasó, y nosotros debemos, si no veneración, por lo menos aprecio, a la sangre que calienta nuestras venas, a la religión que funda nuestras esperanzas, y al idioma en que cantan nuestros poetas y nos juran amor nuestras mujeres”.

Pero también puede plantearse que ese proceso de neutralización del pasado en relación con el presente fue útil narrativamente para resaltar los elementos de desigualdad. Ya se ha hablado sobre el papel fundamental de la naturaleza en América, que se mostró inhóspita a la Conquista, en oposición a la ciudad española. A la vez, estuvo la actitud que ante los españoles asumió el pueblo indígena dejándose, en igualdad de condiciones militares, conquistar visualmente por la apariencia del otro y por la fortaleza de su engaño: “La población íntegra volvió a sus hogares más que satisfecha de la conducta pacífica de los españoles, y fascinada por la belleza de sus rostros barbados...”.

Por esta razón de confianza, murió Atahualpa.

32. Ibid., p. 104.
34. Felipe Pérez, Los Pizarros, op. cit., p. 179.
35. Ibid., p. 370.
36. Ibid., p. 74.
Mas allá de la actitud de destrucción en la que desembocó la con-
quista del Perú, los españoles pensaron que llegar a América pudo consti-
tuirse en la posibilidad de transformar el curso de la historia y la espe-
ranza que ofrecía el suelo americano. Muy diciente fue el hecho de que
el español que viajaba a América se transformara en su nombre. Ya no
desde entonces español e peninsular, sino que se hizo indio. Aquel que
había pasado al otro mundo renegó de su lugar de origen: “Después
de haber visto el Perú, nosotros no podemos acostumbrarnos a vivir
entre reyes, en medio de la miseria de las ciudades, bajo los golpes del
látigo de los nobles: Es aquí donde el hombre puede recuperar su digni-
dad primitiva, su primitiva pureza y sólo rendir culto al Dios de los
padres, grande, sabio y misericordioso...”

Por otra parte, el narrador logró en el proceso de neutralización,
en el que se ubicó tanto espacial como temporalmente el mundo ameri-
cano en la tradición del mundo español, presentar al lector la tradi-
ción de los mundos perdidos por el paso del tiempo. América se consti-
tuyó, así, en el espacio propicio para la nostalgia del narrador ante la
desaparición de un modo de vida y un mundo que desapareció sin re-
medio. El tiempo de la historia fue, pues, manejado por el narrador,
como se ha mostrado anteriormente, a partir de la reconstrucción de
una espacialidad y de una temporalidad que pretendieron una uni-
dad cronológica, de época y de diálogo espacial entre dos mundos.
Esta actitud fue además reforzada por la presencia de tres fuerzas que
determinaron el paso del tiempo: el tiempo mundano, el destino y la
fuerza del tiempo divino. No sobra decir que Candía, el griego que
acompañó y aconsejó a Francisco Pizarro y luego le sobrevivió para
cuidar de su mujer y de su hijo, fue el personaje del tiempo mundano.
Durante las novelas de conquista española fue el personaje encargado
de mover la historia por medio del recuerdo o del reconocimiento de lo
que había ocurrido en la historia de la humanidad: demostró la posi-
bilidad de que las historias podían realizarse. Mostró la historia como
un proceso en el que el hombre, el héro, puede optar. Pero también
representó la tradición griega que guía a la española. “... era indudable

37. Ibid., p. 162.
que Candia había nacido para ser su maestro, como había nacido Aristóteles para serlo del vencedor de Darío.\textsuperscript{38}

También fue permanente la interferencia entre el tiempo humano y el tiempo divino en la construcción de la historia. La concepción que rigió el desarrollo del tiempo en el mundo indígena fue dominada por el destino, en la clásica oposición entre providencia y fortuna: “El hado, la fuerza del hado arrastraba así tan confiadamente a ese príncipe al teatro de su ruina. ¡Decretos incomprensibles del cielo!”\textsuperscript{39} En ella participaron las fuerzas de la magia, no sólo en el ámbito de predicciones y brebajes, sino también en los rezos maléficos que permitieron que se desencadenaran los hechos. Un papel fundamental jugó en Huayna Capac el veneno proporcionado por el buen hechicero a los conspiradores contra el inca, y la madre de Atahualpa logró conjurar en sus rezos ante las cenizas de su amante asesinado todas las fuerzas que necesitaba para ejecutar su venganza. En el mundo cristiano el paso del tiempo, su desarrollo y su intromisión, se le adjudicaron a Dios, quien en últimas es el hacedor de la historia: “La Providencia lo había reservado para que se cumpliesen sus altos y misteriosos designios.”\textsuperscript{40}

En Los Pizarros se elaboró un metarrelato sobre el papel que tuvo la intervención divina en el desarrollo de los acontecimientos y de su reconstrucción a partir de la literatura: la presencia de san Miguel, defensor de la batalla.\textsuperscript{41} El autor jugó aquí no sólo con la versión oficial de los hechos sino con la memoria de los lectores y sus posibles creencias. Tuvo la literatura la posibilidad de apropiarse de las diferentes versiones sin asumir una obligación directa sobre la verdad; verdad que por su parte estuvo encargada de señalar el discurso histórico. De igual manera, la presencia de la fuerza divina en la construcción de la historia fue presentada como una posibilidad tan sólo de explicar el pasado. La fundación del poblado de San Miguel y la ambigüe-

\textsuperscript{38} Ibid., p. 347.
\textsuperscript{39} Felipe Pérez, Atahualpa, op. cit., p. 123.
\textsuperscript{40} Felipe Pérez, Los Pizarros, op. cit., p. 366.
\textsuperscript{41} Este metarrelato será estudiado con más detenimiento en el capítulo terce- ro del trabajo, cuando se analice el manejo de la verdad histórica y su relación con la verdad novelesca.
dad de su presencia real como arcángel salvador, que después se muestra como un maleante, dio la opción de cuestionar la versión relatada de la historia en la perspectiva de la Iglesia católica:

... Desde que entramos en América, ¿todos no han sido milagros? ¿Quién libertó a Pedro de Candia, en Túmbez, de las fieras del Inca? ¿Quién dio al gobernador Pizarro la victoria en la isla Puná? ¿Quién acaba de vestir al reverendo don Hernando de Luque? Pues Dios o sus ángeles que todo es uno43.

En otro plano, que contribuyó a moldear el tiempo de la historia —pasado lleno de cronología, de espíritu de época, y su diálogo espacial— se encontró el tiempo construido por el destino de los personajes. Esta relación con el destino, que fue elaborada de manera continua por el romanticismo, se enfatizó aquí en la relación amorosa: la melancolía y los suspiros contribuyeron al desenlace de los hechos; sus actos, determinados por un devenir que les era ajeno, propiciaron un espacio para la tragedia, a la vez que interferieron en el desarrollo de la historia colectiva. El ángel romántico de la mujer amada43, y el amor correspondido o no, se convirtieron en las causas originarias o primarias de hechos fundamentales de la historia. Fue el caso de Manco-Felipillo, y su papel desastrosa para la historia de su raza. Toda la carga trágica de la conquista se remontó a la causa principal del amor perdido. No fueron extrañas entonces las salidas románticas del sueño, como ratificación del presente y predicción del futuro, del suicidio de personajes femeninos como Cora o de la locura de Cava y las constantes referencias al destino como fuerza del tiempo. Manco fue la imagen del indígena que sufrió la metamorfosis del viaje a España y

42. Felipe Pérez, Los Pizarros, op. cit., p. 388.
43. Felipe Pérez, Atahualpa, op. cit., p. 66. “¡Felicidad suprema! Sin ser Manco el escogido hebreo, que con la cabeza sobre una piedra y el cuerpo al ras, soñaba con la espléndida inspiración, sueña también: un ángel está a su testera (...). ¿Quién es ese ángel! Hemos dicho que no lo vemos; pero hemos mentido; ese ángel, esa visión compañera, es la mujer que ama; tal como la vio la primera vez, o cual estaba cuando le dispensó su último favor, su último desdén”.

[40]
de un regreso, en el que además de anular su identidad racial no fue reconocido por los suyos y perdió su nombre⁴⁴.

Por último, las concepciones que articularon e impulsaron el devenir temporal, como fueron el tiempo mundano, el tiempo divino y el destino, a su vez estuvieron determinadas por otro factor definitivo en la construcción de la historia y que marcó la reconstrucción del relato: las constantes históricas se convirtieron en constantes narrativas desde el punto de vista argumental. El objetivo definitivo de *Jilma*, la última de las cuatro novelas, estuvo en demostrar que todos los caballeros de la conquista habían muerto de la misma manera, envueltos por la traición y sus propios crímenes en la conjura de su propia muerte. La historia fue adquiriendo así su propia lógica; lógica que la presencia española ratificó en la historia americana: “... no parece sino que fuera una maldición superior que pesase sobre el trono del Perú; todos los que lo hemos ocupado de Huayna Capac hasta Núñez hemos caído víctimas del puñal, la política o el veneno”⁴⁵.

3. *Los hombres de la máscara entre España y América*

> Está escrito que los hombres seamos débiles,
y por más héroes que nos haga el destino
nunca nos apartamos mucho de nuestra especie.

—Los Pizarros

El conflicto en la posesión del territorio, tanto por parte de los incas como de los españoles, en los cuatro periodos configurados por las novelas, estuvo marcado por una constante temática que sirvió de recurso argumental: la traición. Se trató de cuatro obras desarrolladas a partir de la historia del enfrentamiento entre dos pueblos conquista-

⁴⁴. Felipe Pérez, *Atahualpa, op. cit.*, p.117. “... Manco había ido y regresado con Pizarro a España; pero a su vuelta, ya no era el mismo hombre, la instrucción que recibió lo había transformado completamente, hasta ponerlo en capacidad de desempeñar uno de los papeles más importantes en la conquista desastrosa de su propio suelo. Olvidamos decir que a su vuelta ya no se nombraba Manco, sino Felipillo”.

dores. Aunque el narrador se encargó de exaltar el carácter colectivo de la lucha, el desarrollo de la acción dependió de las acciones individuales.

Por esto las obras contaron con un narrador-autor que jugó a conocer la verdad pero que a la vez asumió la actitud contraria\footnote{Oscar Tacca, op. cit., p. 73.}. Contó la historia una voz desdoblada, aquella que conoce la verdad y su apariencia. Esta actitud marcó en las obras la constante narrativa que implicó la existencia de discursos seguidos formulados por los personajes. Las voces y las palabras del engaño hicieron que se cuestionara el poder del lenguaje. Fueron personajes que actuaron a partir de la máscara, de la imagen falsa que proyectaban hacia el otro. La traición fue construida por personajes que, como característica de la novela histórica, usaron la máscara y el disfraz. Eran entonces las referencias directas a la conspiración las que dieron fuerza a la narración como la constante de la historia indígena y española. Siempre el poder fue logrado, debilitado y a su vez destruido por medio de conspiraciones y de engaños.

Los personajes con la máscara pertenecieron tanto al mundo español como al mundo americano. Eran personajes irreconocibles, por el cambio de sus vestuarios o por el paso de los años que no permitía su identificación inmediata. Vivieron un constante proceso de metamorfosis y esta característica les permitió permanecer, por encima del cambio de los pueblos, en el desarrollo de la historia. Como otra característica del género, desaparecían y luego, cuando ya se les daba por muertos, volvían a aparecer y a jugar un papel fundamental en el relato, la mayoría de las veces propiciando un desenlace. Fueron por lo general personajes paralelos a los héroes, que desencadenaron los acontecimientos. El ejemplo por excelencia, en las obras de Pérez, fue la constante aparición y desaparición del hermano de Candia, que durante sus furtivas presencias desencadenó los acontecimientos cambiando no solamente de nombre sino también de rol: fue Alí, el pirata del Mediterráneo y el maleante que intentó robar a Pizarro y a su comitiva camino de Toledo; posteriormente se transformó en el guerrero
que asimilado a san Miguel marcó el desenlace de la batalla de Puná; luego fue el soldado Manjarrés que secuestró a Florazul, para por último convertirse en el arrepentido fray Modesto. También estuvo, por ejemplo, la presencia intermitente de un personaje como Perico, que pasó de ser el criado leal del padre Luque en Panamá a ser el criado fiel de Candía en Cuzco; y no sobra referir la presencia de Manco como guardián y enamorado de una de las hijas del sol, Cora, y su posterior aparición como Felipillo, guía y traductor de los españoles.

A la vez que las pretensiones de conquista constituyeron parte esencial de las historias de los dos pueblos, el narrador tuvo buen cuidado en señalar la presencia de la Iglesia católica como el instrumento por medio del cual España destruyó los valores del mundo americano. Si bien los conquistadores, principalmente los Pizarros y Almagros, demostraron su sed de conquista en el uso de las armas y de la codicia de manera indiscriminada y desleal, personajes como el padre Luque se constituyeron en el tipo portador de la máscara que cubrió la avaricia y el engaño de la propagación de la fe. La descripción de dicho personaje fue asimilada a las características de las autoridades civiles que se encontraban en América. A la par de la presencia avara y trágica del padre Luque se presentó la sagacidad y la astucia del inquisidor Pedro de la Gasca\textsuperscript{47}, el enviado del rey para pacificar las tierras americanas de las disputas entre los españoles.

La presencia de la Iglesia católica y sus lenguajes segundos, representados por las diversas máscaras que asumió, fue entonces el factor que determinó la diferencia entre el mundo americano y el mundo español: "... dejamos pues atrás el gobierno de los incas, donde era la religión tan solo la práctica de amor de Dios, desnuda de toda estafa sacerdotal..."\textsuperscript{48}. En este sentido, fue fuerte la crítica que en el narrador y en la construcción de los personajes se dio al sentido cristiano de la conquista: la falsedad y la tragedia que comportó la relación estrecha entre la Iglesia y los hechos de muerte fueron contrastadas de manera directa con la ideología anticlerical de Felipe Pérez y con la novela romántica liberal.

\textsuperscript{47} Felipe Pérez, \textit{Jilma}, op. cit., p. 181.
\textsuperscript{48} Felipe Pérez, \textit{Los Pizarros}, op. cit., p. 170.
Son innumerables los ejemplos y las aseveraciones del narrador en las que antagonizó la función de la Iglesia católica y su papel durante la conquista de América. Durante su juicio, Atahualpa afirmó: “Así cumplan en América los sacerdotes católicos su apostolado de paz”\textsuperscript{49}. El propio reo justificó su actitud ante la presencia divina: “Jamás cambiaré yo mi religión, por mala que sea, por la vuestra, padre tentador. En mi religión no se convence a los hombres con las llamas; mi Dios no se alimenta de cadáveres, como parece alimentarse el vuestro”\textsuperscript{50}.

América se configuró entonces, para los europeos, en la imagen del Edén, del espacio donde podían cumplirse los sueños que jamás les depararía a los hombres la sociedad europea. Pero también se convirtió en riesgo para dicha sociedad, en el espacio en donde fue posible la pérdida de los valores y se materializó la distancia de Dios: “América representaba entonces la Babel de la Escritura, y el culto del becerro de oro tomaba proporciones capaces de hacer temblar por el porvenir del cristianismo”\textsuperscript{51}. La imagen fue directa, el mayor peligro ante la riqueza americana lo vivieron el pueblo elegido y sus representantes, los prelados de la Iglesia.

La máscara se convirtió, así, en el elemento que estructuró los diversos planos de relación entre los personajes. Se propuso un devenir que actuando a partir de unos intereses colectivos, como podían ser los de la Corona española y los de la cristianización por parte de la Iglesia católica, se transformaron en intereses particulares de personajes como Quizquiz y Challcuchima, el padre Luque, Candia o Alí. Ellos participaron e intervinieron en el desarrollo de los acontecimientos, y a la vez permitieron la construcción y pervivencia de los héroes. Éstos se diferenciaron por su distancia e interés en descerrar las máscaras, pero a la vez por ser las mayores víctimas de ellas. Murieron víctimas del engaño Huayna Capac, Atahualpa, Francisco Pizarro y Jilma.

Quizá por esto los héroes construidos por Felipe Pérez, Huayna Capac, Atahualpa y los Pizarros, particularmente Francisco y Gonzalo, fueron personajes que no vivieron de manera pasiva los problemas

\textsuperscript{49} Felipe Pérez, \textit{Atahualpa, op. cit.}, p. 131.
\textsuperscript{50} Felipe Pérez, \textit{Los Pizarros, op. cit.}, p. 425.
\textsuperscript{51} \textit{Ibid.}, p. 14.
de su época, sino que se encontraron enfrentados con ella construyéndola. Este logro permitió al autor dar mayor realce no sólo a las acciones de sus héroes, sino a las características del mundo en el que las realizaron.

A partir de Walter Scott la novela histórica se construyó en la deducción de la particularidad de los hombres que actuaron desde la peculiaridad histórica de sus épocas. A diferencia del siglo xviii no se trató la historia como escenario y decoración. Participando de esta perspectiva, el escritor bogotano José Caicedo Rojas\(^{52}\), contertulio y amigo de Felipe Pérez, señaló en el periódico *La Biblioteca de Señoritas* de 1858, la importancia del héroe para la novela y la reconstrucción de un mundo colectivo:

> Hoy no es sólo un rasgo de vida de un héroe el que se toma por base de composición, hoy se toma todo el héroe y toda su época, y se los toma para seguirlos en todas sus consecuencias ínfimas sin omitir nada que pueda hacer falta al propósito del escritor\(^{53}\).

Felipe Pérez compartió esta propuesta ya que su relato estuvo construido en toda su dimensión a partir de una voz que fue consciente de adueñarse y transformar los hechos. Fue quizá por esto tan importante la construcción de los personajes, que si bien no estaban estructurados de manera definitiva en su presentación inicial, se dieron en el desarrollo del texto como tipos humanos.

Es necesario, entonces, determinar la manera como el narrador estableció una posición ante las voces desarrolladas por los personajes en el intercambio de discursos que conformaron las novelas. Por una parte, el narrador-autor participó en la elaboración de los prólo-

---


53. José Caicedo Rojas, “De la novela”, en *La Biblioteca de Señoritas* n° 11, Bogotá, 14 de marzo de 1858, p. 86.
gos, epílogos de las novelas y citas a pie de página explicativas sobre algún término americano\textsuperscript{54}. Por otra parte, se ubicó ante los diálogos directos de los personajes como el observador que necesita explicar la actitud “real” de dichos personajes y no cree que es suficiente con lo que han expresado sus palabras y sus acciones. Esto ocurrió, por ejemplo, en la primera novela cuando afirmó: “Ya es tiempo de que el lector se haya formado una idea exacta de los personajes de esta historia”, para a continuación ratificarlo en el resumen y descripción de dichos personajes, introduciendo al lector con un “ya habrá visto...”\textsuperscript{55}.

A la vez, como característica del género\textsuperscript{56}, los diálogos de los personajes fueron directos, sin introducción alguna. La novela \textit{Los Pizarros} inició con un diálogo entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro en el que sólo se irán identificando tanto los hechos como los personajes a partir del propio diálogo y de las acciones posteriores. Quizá la intención del autor fue que los lectores sintieran que ellos recibían de manera directa el punto de vista de los personajes, lo cual se constituyó en una estrategia autorial, ya introducida de manera permanente en las novelas de Walter Scott.

En la construcción de sus personajes Felipe Pérez compartió la concepción romántica de la novela histórica, ya que, como lo afirmó György Lukács respecto al género, las grandes figuras de la historia han de suministrar los protagonistas de las obras\textsuperscript{57}. Aún así, esto no fue tan exacto en las obras del autor neogranadino en las que existió una neutralización de las acciones de los héroes por la intervención de los personajes secundarios, en la importancia que dio el narrador a los relatos intercalados y su relación con los relatos principales. Un personaje como Candia fue la mayoría de las veces no sólo el encargado de ac-

\footnote{54. Por ejemplo, la cita a pie de página en la que se explica que el Templo de las Escogidas es el nombre que se da a la casa de las Virgenes del Sol. Felipe Pérez, \textit{Atahuapla}, op. cit., p. 60.}

\footnote{55. Felipe Pérez, \textit{Huayna Capac}, op. cit., p. 53.}

\footnote{56. “Lógicamente, desde el punto de vista sobre todo del escritor —pero así mismo del crítico—, el género actúa principalmente como modelo mental”, Claudio Guillén, \textit{Entre lo uno y lo diverso}, Crítica, Barcelona, 1985, p. 149.}

\footnote{57. György Lukács, op. cit., p. 84.}
tualizar al lector sobre los diversos acontecimientos, sino que con los relatos del pasado reconstruyó la imagen de los personajes y de esta manera o bien logró desenmascararlos o darles una nueva función dentro de la historia.

A la vez, los héroes de las novelas americanas fueron adecuados a la historia europea al ser asimilados en sus acciones a lo ya acontecido en el pasado al que por su origen no pertenecían. Diego de Almagro condujo a su hijo, como en el pasado Eneas lo hizo con su padre.

También, al igual que en el caso de los héroes románticos, no se conoció en las novelas el origen de donde provino el héroe. Diego de Almagro tomó su apellido del pueblo en que nació, Francisco Pizarro fue conocido como el expósito, y su origen y relación con la sociedad son su estímulo para la conquista: "... hoy morirá de hambre si la mucha ambición y el odio de la sociedad no me hubieran conducido hasta las ardientes costas del Pacífico, para hacerme grande como los reyes, mis señores y eclipsar su gloria y su efímero poder..." 58

En el héroe que se fue presentando y construyendo en el transcurso de los acontecimientos y en su aparente presentación directa y autónoma ante el lector radicó la fuerza de los personajes de la novela histórica. Más aún en el caso de las novelas de Pérez, en las cuales las estrategias narrativas no se dirigieron sólo a la configuración de un héroe sino a la de varios con características históricas diferentes.

Por ello, quizá un hecho fundamental en el tratamiento de las cuatro novelas radicó en la comparación que puede establecerse entre la conformación de los cuatro héroes, en la construcción del tipo, de la imagen del conquistador. No en vano da la impresión de que con algunas intervenciones del autor se disminuyó la crueldad tiránica de Atahualpa, para así poder aumentar la de los españoles: "En buena hora que la conducta de Atahualpa no fuese acreedora a todas luces de elogio; ¡pero la de cuál conquistador lo ha sido! La de ninguno; porque ninguno podía serlo. La ficción de un conquistador humanitario es una ficción imposible. Pero creemos nosotros que Atahualpa no llevó su tiranía más allá del límite sangriento que le trazaba su propia segu-

---

58. Felipe Pérez, Los Pizarros, op. cit., p. 207.
ridad; seguridad de usurpador, eso sí, y como tal, algo exigente para no estribar en cadallos; los que nunca creemos que se hicieron extensivos a mujeres ni a niños” 59.

Definitivamente, aunque compartieron el carácter heroico tanto Huayna Capac como Atahualpa, y un poco en una actitud más pasiva Jilma y Gonzalo Pizarro, el gran héroe de las cuatro novelas fue Francisco Pizarro 60. Aunque nacido en la miseria de Trujillo, vivió como el personaje de la acción, de la guerra, del amor. Pero lo más importante, mas allá de su labor incansable como conquistador, asumió en la obra el papel del héroe entre los dos mundos. El conocimiento del suelo americano lo condujo a una crítica radical a las instituciones españolas, especialmente contra la monarquía:

No, desgraciadamente los reyes no aciertan a morirse en ocasión en que se lo agradecan sus súbditos; ni aun eso, los reyes todo lo hacen al revés, y viven cuando debían morir, y mueren cuando debían vivir, si es que alguna vez deben vivir los reyes. Sin embargo, en el larguísimo período que mide la distancia que hay entre su cuna y su sepulcro sacrifican al pueblo desangrándolo traídos de y cruelmente. Cierto que yo no sé nada de eso que llaman historia, pero he vivido bastante para ver y escandalizarme... 61.

Su transformación a través de la obra consistió en que se fue convirtiendo en un personaje que carecía de territorio. Como ya se dijo, fue de origen desconocido, pero más que esto su vida y sus pensamientos se encargaron de que no perteneciera ni a España ni a América. Fue el héroe por excelencia de los desplazamientos y las comparaciones. En su transformación constante asimiló su vida a la del otro gran héroe de la conquista, Hernán Cortés. Con él se ubicó en el espacio intermedio entre España y América, como quizá deberían identificarse el

59. Felipe Pérez, Atahualpa, op. cit., p. 100.
60. En el capítulo xvii de Atahualpa se incluye una pequeña biografía de Francisco Pizarro.
autor y sus lectores. Fueron dos personajes en los que se buscó adecuar las acciones al discurso, a diferencia de los personajes que los rodearon en sus empresas de conquista que se desenvolvieron a partir de lenguajes ocultos en una sociedad conformada por un pueblo que no era reconocido por sus propios héroes. Hernán Cortés fue quien propició el retorno de Pizarro al Perú, su distancia definitiva de España. En su discurso justificó también la crítica a la Corona: “En las monarquías nada puede decirse ni afirmativa ni negativamente, pues que las más de las veces la balanza de la justicia no reposa en manos de la diosa vendada, sino en manos de favor, del capricho o de la venalidad. ¿Tenéis aún oro para comprar al cardenal?”

Pero nuevamente la visión de los héroes y sus acciones se encontró constreñida por el paso del tiempo. En la intención del narrador de volver a contar, de hacer presente en el discurso el relato de los hechos, constantemente señaló cómo el paso del tiempo se encargó de minimizar las acciones de los hombres y de dejarlas en el olvido. Presentó la ingratitud de los españoles hacia sus héroes. Quizá así buscó señalar una exigencia hacia el presente para que retornara la memoria, pero también elaboró una generalización en la forma de mostrar la inutilidad de los hechos del pasado, “la fragilidad de las glorias mundanas”.

La máscara y el engaño correspondieron, entonces, a la misma sociedad que propició sus héroes, iniciada por la actitud histórica de olvido hacia Cristóbal Colón.

En esta actitud hacia el héroe español el narrador asimiló su adhesión al carácter heroico del descubrimiento y de la conquista. A través de su relato intentó rescatar un pasado olvidado, en el cual se pudo rastrear su propio pasado. Restituir la importancia de los heroicos Pizarros y su relación con el mundo americano hizo que el narrador se ubicara también en la consciencia de pertenecer a dos mundos, que desafortunadamente no lograron encontrarse. El narrador construyó entonces su relato como una forma de reflexión en la que, a diferencia de la historia, no quiso reconstruir el pasado, sino que por

62. Ibid., p. 272.
63. Ibid., p. 305.
mediante la ficción dio una versión sobre el pasado. La conciencia de la temporalidad consolidó las novelas en un tiempo espacial doble: por un lado, el pasado definitivamente perdido y distante del mundo americano, en el cual el narrador no reconoce sus orígenes, pero le duele su pérdida. Un espacio natural que no puede ser recuperado, pero que en su valoración ha sido asimilado dentro de la geografía y la historia universal, y de esa manera fue incorporado a una tradición. Por otro lado, al mundo español, del que provinieron sus ancestros más directos, y en el que se recuperó su proceso de conquista en los individuos que vinieron a América y que intentaron construir una realidad diferente a la española y de allí su valor.

La concepción del tiempo, la temporalidad histórica en el tiempo de las novelas estuvo, entonces, determinada por los desplazamientos en el tiempo y el espacio, su conquista y la relación del héroe con la máscara. Felipe Pérez logró así construir un mundo en el que dio vida a unos personajes que formaron parte de la memoria histórica de sus lectores. Esta función, cumplida por la novela histórica de Felipe Pérez, surgió de las necesidades de un género que fue objeto de reflexión no sólo suyo sino también de sus contemporáneos en la búsqueda por consolidar un discurso sobre lo nacional. Vale la pena dedicar algunas líneas a la relación de estos discursos.
Felipe Pérez participó en las actividades de una élite cultural ubicada en Bogotá y proveniente de gran parte del territorio nacional, que consideró la escritura y particularmente la literatura como una labor indispensable para el desarrollo de la identidad nacional. Los textos históricos y la prosa reflexiva sobre la literatura hicieron parte de un conjunto de prácticas en las que cada discurso se definió por la relación que estableció con sus contemporáneos, y por el estado de discusión y de reflexión que en un momento determinado se dio sobre los procesos de escritura. Cada época, como afirma entre otros Jacques Le Goff⁴, fabrica mentalmente su representación del pasado histórico. En la Nueva Granada participaron en esta representación, además de la novela, los discursos que sobre ella se emitieron y las relaciones con que la escritura de la historia tomó parte en dicha reflexión para delimitar las características de la escritura que le competían de manera directa, como es el caso de la novela histórica.

En la Nueva Granada, a mediados del siglo XIX, se delimitó un canon en la elaboración de los textos literarios que hizo de la novela histórica un género fuertemente aceptado dentro de las características que se querían adjudicar a la literatura, como partícipe del afán por construir una nacionalidad, pero que a la vez era necesario justificar como diferente de las discusiones políticas. En este canon, lo literario por su carácter de ficción e imaginación permitió disolver problemas de gran polémica y fortaleza política, como el compromiso con la verdad y con los hechos.

---
La construcción del imaginario en la literatura participó del diálogo con otros discursos que le eran afines y que, como tales, activaron la competencia que tanto en el escritor como en el lector intervinieron en la construcción del texto: el discurso sobre lo literario promovido en su mayoría por las publicaciones periódicas, y el discurso historiográfico determinado regularmente por su carácter abiertamente político. Cómo se concibió la novela histórica y las diversas relaciones que la literatura estableció con el pasado, en el caso de Felipe Pérez y sus contemporáneos, es un interrogante que no puede dejarse de lado; cómo se dio la caracterización externa del género por medio de otros discursos y su relación con las propuestas de la historia, y cómo estas relaciones pudieron eventualmente afectar la construcción del imaginario sobre el pasado español en América, es la problemática que interesa a continuación.

1. La decisión por un género

Para los neogranadinos la década del cincuenta, veinte años después de la disolución de la Gran Colombia, fue el momento en el cual participaron de un sentimiento colectivo en la búsqueda por definir lo nacional. Se había declarado en 1846, durante el mandato de José Hilario López, la conformación de los partidos políticos conservador y liberal, lo cual propiciaba un sentimiento de autonomía y desarrollo político, a la vez que había logrado elaborar una propuesta encaminada a implementar una división federal del territorio. Fue así como la década del cincuenta concluyó con la división del país en ocho Estados Confederados: Cundinamarca, Panamá, Antioquia, Santander, Cauca, Boyacá, Bolívar y Magdalena.

El problema de la espacialidad y su delimitación se convirtió en un factor fundamental de análisis y controversia en el transcurso del siglo. Aun así, durante este período liberales y conservadores lograron un consenso en torno al federalismo, que se rompió en poco tiempo con las medidas de impuestos promovidas por el presidente Mariano Ospina Rodríguez, y de manera radical con las acciones y decretos anticlericales de Tomás Cipriano de Mosquera.
En esta búsqueda por afianzar las instituciones políticas y las relaciones económicas internacionales surgió una actitud que permanecería en el transcurso del siglo y determinó el carácter histórico posterior: unas veces de manera explícita y consciente, otras oculta: la nación se construyó como una elección sobre la marcha. El carácter irregular de las decisiones estuvo determinado por las constantes búsquedas, que permitieron la existencia durante el siglo XIX de seis constituciones políticas y el desgaste social y cultural de ocho guerras civiles y decenas de rebeliones locales.

La conformación de lo nacional exigía entonces optar, como digo, la mayoría de las veces de manera precipitada, por elegir determinados modelos. Tuvieron que ver con la necesidad de participar en las polémicas y conflictos internos y externos como, por ejemplo, el centralismo y el federalismo, la tradición o el cambio, lo nacional o lo extranjero, España o los demás países europeos como Francia e Inglaterra, el clasicismo y el romanticismo. Por su parte, la actitud costumbrista de la literatura se encargó de poner de manifiesto la convivencia de las oposiciones simultáneas culturalmente: el pasado y el presente, lo viejo y lo nuevo, el campo y la ciudad, lo nacional y lo extranjero. “Manejar la nueva sociedad suponía imaginar y poner en funcionamiento una política. Pero la experiencia —clara o difusa— del cambio suponía interpretar de algún modo una realidad social inédita, para adecuar aquella política, tanto en el corte como en el largo plazo, a las situaciones reales. Así cobró inusitada importancia la imagen de la sociedad que cada uno se hacía, y esbozarla fue, por encima de las anecdóticas luchas por el poder, el desafío que debió afrontar el nuevo patriciado latinoamericano. Tener una interpretación de la sociedad fue, pues, tanto o más importante que tener una política.”

Como eje fundamental de esta actitud social que quiso hacer presentes tales oposiciones, se impuso una revisión de la tradición española y de lo que se consideraba propiamente natural del territorio


americano. La mirada hacia el otro, la necesaria comparación de lo propio en relación con lo diferente, estuvo no sólo en el centro de los debates sino también de las acciones. La mirada hacia el pasado se hizo indispensable, y fue así como a partir de la literatura la novela histórica se constituyó en el género más apropiado para realizar dicha revisión, que no estuviera expuesta directamente al conflicto que podía propiciar la posición de los artículos políticos y de prensa. La literatura se adjudicó un papel social en la posible clarificación del conflicto y sin una participación política directa.

En la Confederación Neogranadina fueron pocos, en relación con otros lugares de América, los escritos que se refirieron a las propuestas literarias en esta primera mitad del siglo y, menos aún, se desarrollaron polémicas sobre las características y la función de la novela histórica. Propuestas como las de *El Mosaico* (1858–1872), quizá uno de los periódicos literarios más importantes del siglo, buscaron más que la discusión sobre lo literario, la publicación constante y exhaustiva de las obras literarias. Se pretendió así desde la prensa contribuir a la conformación de la literatura nacional al escribirla y publicarla bajo el propósito de ir construyendo la historia de la literatura, la cual formaría parte de la historia política nacional. Solo construyendo ese pasado, en el presente era posible pensar en una literatura para el porvenir.

En cambio fue fundamental la manera como los escritores ratificaron en los diversos textos de prensa la necesidad inmediata de realizar una aproximación hacia el pasado, a partir de la literatura o de la historia. Esta ratificación estuvo fuertemente determinada por la actitud hacia el mundo español y hacia el pasado colonial.

Dos fueron las expresiones, denominadas críticas por los autores, que se manifestaron a través de la escasa prensa literaria. Por una parte, la publicación de los artículos escritos por neogranadinos, y por otra, la transcripción de artículos extranjeros, en su mayoría españoles, como los manuales de Antonio Gil y Zárate y de José Donoso Cortés, a los que me referiré más adelante.

Felipe Pérez, en 1858, fundó en compañía de José Caicedo Rojas el periódico literario *La Biblioteca de Señoritas*, en el cual aparecieron publicados diversos artículos de los fundadores, intercalados con los editoriales, que llevaron por título “De la novela”:
La novela, con más recursos y menos dificultades que el poema, es la verdadera rama épica de la literatura, pues no sólo da a conocer un siglo, un pueblo y una civilización extinguidos, sino que puede entrar y en efecto entra en valiosas apreciaciones filosóficas y humanitarias de trascendencia tan enorme que no hay trabajo poético que pueda comparársele4.

Propuso así la necesidad de consolidar una tradición justificada en una historia nacional dada la carencia de una épica, en el sentido de la tradición clásica y medieval. El escritor buscó solucionar la carencia remontándose a la tradición del romance español y en su versión americana como la única manera de profundizar en la historia. José Caicedo Rojas, en un artículo cuyo significativo título fue “El romance. La necesidad de que las poéticas suramericanas cultiven este género”, invitó:

... a regenerar, o a fundar, si se quiere, en este continente el romance como medio infalible de popularizar la poesía, de enseñarla, de incrustarla, de amalgamarla con nuestra historia nacional, con nuestras glorias, dando forma, animación, vida y carácter a nuestra incipiente literatura. Cuánto no se presta el género, que parece humilde, para consignar en él nuestros recuerdos, para inmortalizar nuestras glorias nacionales, para popularizar nuestros interesantes hechos históricos. ¡El romance es, no lo dudemos, la epopeya moderna de los pueblos hispanoamericanos!5

Los escritores buscaron, así, el género adecuado sobre el cual construir lo nacional. La mirada hacia las producciones europeas indicó la carencia de una tradición extensa y consolidada por parte de los americanos. Caicedo Rojas percibió la importancia que podía tener la “imagination histórica” de los romances hispanoamericanos en la constitución de la nación. Romance y novela histórica se homologaron en su discurso, y se relacionaron con las epopeyas tradicionales al preocu-

4. “De la novela”, en La Biblioteca de Señoritas, nº 11, 14 de marzo de 1858, p. 85.
5. Yarilpa (seudónimo de José Caicedo Rojas), “El romance. La necesidad de que las poéticas suramericanas cultiven este género”, en La Biblioteca de Señoritas, nº 6, Bogotá, 7 de febrero de 1858, p. 45.
parse por el destino de toda una sociedad más que por el de un indivi
duo\textsuperscript{6}.

Pero el conflicto estuvo dado entre la necesidad de presentar la
autonomía ante dicha tradición en lo que competía a la diferencia nacio
nal, espacial e histórica y la necesidad de demostrar ante los propios
 europeos que negaban la existencia de dicha literatura, la pertenencia
da la tradición que exigía la participación de la lengua española\textsuperscript{7}.

Esta búsqueda de consolidación de una historia tuvo que ver en
tonces no sólo con la manera como se asumió la tradición española a
partir de una línea de continuidad entre el pasado colonial y la histo
ria que se construía en el presente, sino con la apropiación de dicho
pasado a través del uso contemporáneo de la lengua. Así, los escrito
res neogranadinos participaron de una polémica, que ya había sido
planteada en los primeros años de la década del cuarenta en Chile. Se
trataba de defender las leyes y las normas, tanto en la lengua como en
la política, propuestas por Andrés Bello y en la que su oponente Do-
mingo F. Sarmiento defendía la soberanía del pueblo en materia idio-
mática, sobre el uso de las fórmulas llamadas por él anticuadas.

El uso de la lengua se consolidó como uno de los factores que con
la religión pudieron crear mayor oposición a los cambios propuestos
por el siglo. Basta con recordar la afirmación que Rufino Cuervo rea-
lizó en 1847:

Pensamos que los negociantes, los magistrados y todos los que de al-
gún modo puedan tener alguna influencia, deben proteger por todos
los medios que les sugiera el patriotismo y el amor a las letras, la in-
troducción de libros en español, la lectura y la enseñanza por ellos y
no por los que estén en lenguas extranjeras\textsuperscript{8}.

\textsuperscript{6} Fernando Unzueta, \textit{La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica}, Latinoamericana Editores, Lima/Berkeley, 1996, p. 87.

\textsuperscript{7} Ángel Rama señala la originalidad, identidad y representatividad como los
tres elementos de preocupación fundamental de las letras latinoamericanas en el
siglo xix. En Ángel Rama, \textit{Transculturación narrativa en América Latina}, Siglo xx\textit{,}
México, 1982, p. 11.

\textsuperscript{8} Rufino J. Cuervo, y Ángel Cuervo, \textit{Vida de Rufino Cuervo y noticias de su épo
c\textit{,}ca}, Bogotá, 1946, p. 39.
La elección en el uso de la lengua participó de la demostración, siempre necesaria y polémica, de la existencia de una literatura nacional.

Felipe Pérez, en su artículo sobre la literatura suramericana, expuso tres razones contra la creencia europea y de algunos americanos de “que los países suramericanos todavía no tienen literatura que propiamente pueda llamarse suya, y que las obras de sus hombres de letras apenas deban considerarse como meros ensayos, como más o menos felices imitaciones de los trabajos de autores de otros pueblos o de otros tiempos”\textsuperscript{9}. A partir de fundamentos netamente románticos plantió, en primer lugar, que el carácter de expresión del estado intelectual de los pueblos que realizan la poesía, la historia y la novela permite la existencia de una facultad literaria de todos los pueblos en desarrollo. En segundo lugar, en contra de la afirmación de una débil literatura como consecuencia natural de la debilidad que los países suramericanos poseen en el desarrollo de las ciencias, Felipe Pérez se apoyó en la pertenencia a la tradición española y al desarrollo de sus géneros. En tercer lugar, al referirse a las diferencias extremas del suelo americano, que quizá exige la existencia de una literatura completamente autónoma, afirmó:

La literatura, la poesía, la ciencia no están racionalmente hablando, ni en los objetos ni en los fenómenos que unos y otros sean o aparezcan en el alma entusiasmada que los contempla. Ni estos mismos objetos o fenómenos pueden por sí solos determinar tal revolución en las ideas que den ser a una nueva civilización, a una literatura distinta. Impulsarán, sí, géneros antes desconocidos o poco frecuentados; mas en el cultivo de estos nuevos géneros cada inteligencia conserva su propio carácter determinados por diferentes y anteriores circunstancias; y si se ensancha y se levanta en los nuevos horizontes que se le abren, aca-so lleguen su grandeza y su vuelo a transfigurarla y parezca distinta de la que antes fuera. Pero nunca pierde su origen...\textsuperscript{10}

\textsuperscript{9} Felipe Pérez, “La literatura suramericana”, en \textit{La Biblioteca de Señoritas}, n°7, Bogotá, 13 de febrero de 1858, p. 53.
\textsuperscript{10} \textit{Ibid.}, p. 54.
La referencia a dicha tradición implicó un compromiso con el pasado, que no era ajeno a las posiciones políticas y al carácter social de la literatura. La importancia no sólo de producir una literatura nacional sino además concebirla dentro del espacio latinoamericano, enfatizó su carácter social. A la novela se le exigió poesía, doctrina e instrucción para ir más allá del entretenimiento de jóvenes, niños y mujeres, a los que debía influir por su poder de transformar la sociedad y de penetrar en todos los hogares, sin distinción de clase o lugar. Por supuesto que, desde la mirada de Pérez, se trató de un propósito más que de una realidad, si tenemos en cuenta el alto nivel de analfabetismo con que contaba la república y la dificultad de difusión de los medios impresos. El autor participó, así, en el discurso liberal sobre lo popular, que encontró en la novela el género literario más apropiado para llegar a este público.

La necesidad de construir una tradición pero a la vez una delimitación de la importancia del género novelesco, hizo que desde *La Biblioteca de Señoritas* se promoviera tanto la mirada hacia el romance español, como una evaluación de la novela de caballería y de los desarrollos logrados por las “novelas feudales” de Walter Scott, a quien se reconoció como valor fundamental que “pinta copiando y no pinta imaginando”\(^\text{11}\). Es indispensable, afirman los editores neogranadinos, señalar el desarrollo de su obra no a partir del pasado fabulado sino del pasado histórico, del que extrae sus pensamientos sobre el presente, lo que a la vez hizo su instructiva novela.

En *El Museo* de 1849, periódico literario fundado por Santiago Pérez y José Caicedo Rojas, circularon también diversos artículos en los que se señaló la necesidad de volver hacia el pasado y —lo más

importante— reconocer en él la presencia de temas considerados por algunos escritores como de carácter meramente literario, mas no histórico. Los editores, al describir la labor de los escritores neogranadinos, se interrogaron: “¿Cuál ha celebrado la historia de este mundo grande y celeberrimo en vez de componer odas a la luna, que ya estará cansada de oír tantas deprecaciones y tantos llorones nocturnos?”. Posteriormente afirmaron la importancia de la risa, el llanto, lo patético y lo ridículo como temas unidos a las sociedades humanas y por lo tanto a su historia. Por eso era necesario rescatar la historia enfatizando el carácter instructivo de la novela como lo hacía Scott12. Comprendían así el propósito del escritor escocés al que “no le bastaba con situar la novela en un trasfondo histórico, sino que se hacía preciso convertirla en una representación instructiva del pasado, para así captar y difundir las relaciones orgánicas existentes entre el hombre, su entorno y su ascendencia”13.

Este objetivo, que recorrió gran parte del siglo con la producción de obras de tipo histórico, tanto referentes al pasado colonial como al precolombino y a la época de la Independencia, sería cerrado con las propuestas realizadas a finales del siglo por Miguel Antonio Caro, las cuales estuvieron acordes con el espíritu católico de la Regeneración y que, por lo tanto, se opusieron al pensamiento liberal expuesto por Pérez y sus colaboradores de prensa. Desde su óptica neoclásica afirmó los peligros de la novela histórica: “Los escritores que falsifican y alteran los hechos, los que bajo el título de historia escriben novelas históricas, cometen el doble crimen de oscurecer la verdad y de tratar de engañar al lector, o de divertirle como a un niño. ¿Qué grosero irrespeto a los tiempos pasados! y ¿qué pérfida preparación para los venideros! Por nuestra parte declaramos que nada nos mueve tanto a tirar un libro con indignación, como el descubrimiento de que el autor pretende amenizar su estilo y recrear al leyente a costa de la verdad!”14.

---

13. Román Álvarez Rodríguez, Origen y evolución de la novela histórica inglesa, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1983, p. 68.  
El objetivo social de la literatura de los escritores de mitad de siglo fue propuesto en otros ámbitos latinoamericanos, como el cubano, que en el grupo reunido en torno del escritor José Jacinto Milanés propugnó la inutilidad de la literatura asocial y subjetiva como inadecuada para la creación de la nueva cultura cubana. En 1842 Milanés plantó la necesidad de recurrir a la historia como una manera de luchar contra la mentira social y a la novela histórica como una forma de enseñanza y entretenimiento que corrije, y —lo más importante— populariza el lenguaje de la historia, dando al pueblo la posibilidad de aproximarse a los acontecimientos políticos de su país.\(^{15}\)

Diferente fue el juicio realizado por José María de Heredia sobre Scott diez años atrás. El poeta cubano desdenó la carencia de creatividad en el escritor escocés, en quien vio reflejada la “lenguidez de la civilización moderna”. Su distancia de la poesía y su cercanía a la descripción de cuadros del pasado hicieron de la mal llamada por sus contemporáneos novela histórica (por intentar aplicar a personajes de ficción un patrón histórico) un tipo de obra caracterizada por “la rudeza y aun la inelegancia de sus narraciones, que parecen en perfecta armonía con las épocas bárbaras a que se refieren; la variedad de sus retratos singulares, que en su extrañeza misma tiene cierto aspecto de antigüedad salvaje”.\(^ {16}\) A su vez puso en duda en el escritor escocés la facultad de crear, ya que la creación no podía surgir de un intento desordenado de copia fiel de la realidad basada en los recuerdos y en las crónicas antiguas. “¿Llamaremos mentiras históricas las obras de Walter Scott?” preguntó Heredia, cuestionando el apelativo con el que se habían denominado sus novelas y su poder de crear testimonios engañosos. Encontraba que entre los términos historia y ficción había una contradicción generada por la oposición de la función y los propósitos. Lo que a la vez creaba una dificultad inherente de combinar estos elementos incoherentes dentro de un mismo género.\(^ {17}\) Afirmó al


\(^{17}\) Flor María Rodríguez-Arenas, Hacia la novela. La conciencia literaria hispanoamericana, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1998, p. 232.
respecto el poeta cubano: “Género malo en sí mismo, género eminentemente falso, al que toda la flexibilidad del talento más variado sólo presta un atractivo frívolo y del que no tardará en fastidiarse la moda, que hoy lo adopta y favorece” 18.

Como decía anteriormente, en la prensa neogranadina se reproducieron algunos artículos extranjeros en los que particularmente se dirimió el problema de la literatura del presente y su diferencia con la del pasado. En otras palabras se actualizó con ellos la vieja polémica entre clasicismo y romanticismo. Cabe destacar el Manual de literatura del escritor español Antonio Gil y Zárate 19, el que se publicó completo el capítulo “Diferencias esenciales entre la literatura antigua y la moderna. Clasicismo-romanticismo”. El artículo contribuyó a señalar una línea de continuidad temporal entre las diversas expresiones artísticas de la humanidad. La discusión entre antiguos y modernos ya era familiar a principios de siglo, por la difundida propuesta de Boileau realizada en la prensa. Gil y Zárate abogó por la legitimación de ambos sistemas de expresión ya que los consideraba resultado de diferentes civilizaciones. La diferencia estaba en el carácter uniforme de los clásicos y la diversidad de elementos, a veces contradictorios, que componeían el mundo de los románticos. En estos últimos se trató de una “confusión integrada” producida por las transformaciones generadas por el cristianismo y el surgimiento de pasiones nuevas en las que el amor tuvo un papel fundamental. Liberaciones como las de la mujer y los esclavos eran consideradas por el autor cambios fundamentales en el orden moral, lo cual condujo a variaciones en el orden político. El romanticismo se ubicó en la problemática interior del hombre. Gil y Zárate concluyó:

Los antiguos veían lo ideal de la naturaleza humana en la feliz proporción de sus facultades, y en su armónica concordancia: los modernos, al contrario, tienen el sentimiento de desunión interior, de una doble

18. Ibid., p. 230.
naturaleza en el hombre, que hace aquel ideal imposible de realización. Su literatura aspira sin cesar a conciliar, a unir íntimamente esos dos mundos entre los cuales nos sentimos divididos, el de los sentidos y el del alma (...) En una palabra, da una alma a las sensaciones, y un cuerpo al pensamiento. 

De igual manera La Siesta, periódico dirigido por el poeta Rafael Pombo, reprodujo un artículo de Juan Donoso Cortés sobre el mismo tema del clasicismo y el romanticismo. En éste sobresalió la necesidad de marcar una concepción de la historia de la literatura que buscó dar continuidad a los diversos procesos en un principio de progreso y uno de decadencia, quitando así a toda expresión humana su carácter de verdad única. El romanticismo surgió, según el autor español, como resultado del cristianismo. Los individuos adquirieron la conciencia de la coexistencia de los principios generales y los hechos particulares, de la unidad y de la variedad, de la idealidad abstracta y de la realidad histórica, de lo eterno y lo absoluto. La convivencia, sin aniquilarse, de la providencia de Dios y del libre albedrío del hombre. Este último elemento fue el que posibilitó el nacimiento de la novela histórica dada la importancia que le dio al destino de los hombres y a la construcción del personaje individual.

Fue así como en la Confederación Neogranadina se valoraron las posibilidades literarias de la novela, y de su capacidad de afrontar el pasado. La novela histórica justificó la necesidad de demostrar la existencia de una literatura nacional a partir de su pertenencia a la tradición española y su romance, y la necesidad de configurar una épica propia, que sólo era ya posible desde la actividad novedesca. Además de una tradición, la novela histórica contribuyó a consolidar lo nacional desde su carácter social, que estuvo determinado, de un lado, por el romanticismo encargado de expresar las características particulares de las sociedades modernas, y por otro lado, por su interés en la instrucción y la aproximación del pasado a lo popular.

20. Ibid., p. 70.
La novela histórica y los discursos que sobre ella se elaboran contaron con el problema de la verdad como el factor fundamental de polémica en la concepción del género novelesco durante todo el siglo. Las fronteras, muchas veces ambiguas, entre verdad histórica y verosimilitud novelesca, fueron señaladas también con preocupación cuando el discurso provino ya no de la literatura sino del discurso de los historiadores.

2. Los discursos de la historiografía, la otra cara de la preocupación sobre el pasado

La novela histórica se convirtió así en la búsqueda de la identidad de los pueblos a través de la palabra impresa. Su finalidad fue acercarse a una identidad, a comprender una identidad. Por este hecho debió retomarse el problema de la comparación como mirada de la novela y de la historia. Fue una posibilidad de los individuos tanto escritores como lectores para reubicarse en el tiempo presente, adquirir identidad frente al otro y, lo más importante, frente a su discurso.

Al asumir un discurso propio ante la historia, la literatura tomó una posición, a través de la construcción de sus textos, frente al discurso institucionalizado sobre el pasado, el discurso propiamente histórico. Tanto en Europa como en América, durante el siglo XIX se dio un paralelismo en el desarrollo narrativo de la novela y de la historiografía. Por esto es importante detenerse en las convenciones que conformaban la escritura de la historia, que, de alguna manera determinaron el discurso novelesco que utilizó las diversas voces elaboradas sobre el pasado. Por esta razón la historia adquirió gran importancia y asumió el papel que tenían la filosofía y la teología en otras épocas.

Dos miradas, a veces no tan diferenciadas, construyeron el valioso significado de la utilización del pasado como espacio para consolidar la nacionalidad. Puede afirmarse que los neogranadinos sintieron la imperiosa necesidad no sólo de apropiarse de la realidad confusa del presente sino también de su propia historia, lo cual implicó a la vez

22. Fernando Unzueta, op. cit., p. 15.
una actitud política. Por una parte, hay que reconstruir el pasado colonial y ubicar allí los orígenes de la nación y por otra parte, sin desconocer la existencia de dicho pasado, lo que además era imposible, superarlo en la escritura de la historia desde la ruptura generada por el proceso de Independencia, que como hecho heroico determinó la posibilidad de un cambio radical. Las dos miradas contaron con la difícil tarea de crear un efecto de realidad, en el que la verdad se constituyó en la manera como se representó el pasado, que en su propia realidad determinó sus funciones ante el presente. Germán Colmenares planteó que el conflicto fundamental estuvo dado entre las formas de representación del pasado y los contenidos culturales inscritos en el mismo. Así los conservadores en la primera mirada y los liberales desde la segunda señalaron su posición ante el pasado para afianzar sus intereses sobre el presente.

Reconstruir la historia nacional se convirtió entonces en una acción fundamental. A través de ella el historiador “cumplía con la función pública de restaurar fragmentos del pasado que de otra manera se hubieran perdido irremediablemente.” La historiografía del siglo xix, en todas sus tendencias, se desarrolló en una relación especial con la escritura que la hizo permanente y a la vez provisional. Estuvo presente la concepción de los escritores, según la cual habían elaborado un trabajo que hacía parte de una obra futura, y es por esto por lo que podemos suponer que además de ser textos exhaustivos en su temática y descripción, carecían usualmente de la ambición crítica y experimental como objetivos expuestos abiertamente. En esta labor desempeñó un papel esencial, como en todo proceso histórico, la forma de abordar y reconocer las fuentes del pasado, como una manera de consolidar una posición ante la escritura misma. Tuvo que ver con el modo como los historiadores del siglo xix aceptaron el discurso de los cronistas y lo adaptaron a sus propias necesidades de representación.

23. Germán Colmenares, Las convenciones contra la cultura, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1987, p. 69. La polémica entre Bello, Lastarria y Sarmiento que se dio en Chile a principios de siglo era contemporánea a los conflictos neogranadinos sobre la escritura del pasado.
24. Ibid., p. 22.
Los historiadores que estuvieron más cerca de las luchas de la Independencia, como José Manuel Restrepo y Joaquín Acosta, por su participación en ellas intentaron elaborar una historia despojada de valoraciones y juicios. José Manuel Restrepo tuvo como fundamento para su historia general el *Diario político y militar* que elaboró durante los años 1819 a 1857. Su interés estuvo en conservar el recuento cronológico de los hechos: “Estos apuntes fueron en principio muy diminutos y reducidos casi enteramente a conservar las fechas en que acaecían algunos sucesos importantes, especialmente los militares”. Es propio de su discurso dejar testimonio del acontecer y la manera como se le presenta en la actualidad. “Por consiguiente, no todo lo escrito en este diario se debe tener como cierto, pero a lo menos eran las noticias que circulaban en la respectiva época como verdaderas”\(^{25}\). El autor señaló aquí una preocupación de la época: los hechos fueron verdaderos en un determinado momento, posteriormente la historia habría de juzgarlos, el autor como hombre de su época ya los ha juzgado. De esta actitud se desprendió la necesaria exactitud y minuciosidad en la descripción de la circunstancia particular. El *Diario* sirvió a Restrepo como base para escribir la *Historia de la revolución de la República de Colombia* (1827), en la que desconoció el valor del pasado colonial.

Por su parte, Joaquín Acosta elaboró el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto* (1848). Fue el primer historiador neogranadino en interesarse por los hechos ocurridos durante la Conquista y la Colonia, y asumió como documentos los relatos de los cronistas. Con éstos compartió similitudes en el estilo narrativo, la forma de titular los capítulos, la caracterización moral de los personajes, así como el interés por dejar memoria de los sucesos del Nuevo Mundo. La diferencia estuvo claramente determinada por la temporalidad, en la distancia ante los hechos: Acosta dio sentido a la Independencia por la práctica devastadora de la Conquista. Sobre la selección de dichos documentos afirmó: “Por no interrumpir el curso de la narración, he evitado en el texto toda discusión sobre la verdad de los hechos y el mayor o menor crédito que merecen los diversos testimonios...”. Nuevamente aquí se valoró la cons-

trucción de la historia como relato basado en otros relatos, en el que más que el valor de la verdad se le adjudicó una mayor importancia a la narración.

A las historias escritas inmediatamente después de la Independencia siguieron las historias de partido. Afirma Bernardo Tovar que como consecuencia de la permanencia del andamiaje colonial hasta mediados del siglo XIX la historiografía liberal se vio en la necesidad de “demoler, en nombre del desarrollo, la herencia colonial prolongada en el presente y a la que se creía culpable del atraso”26.

El historiador liberal José Antonio de Plaza en su Compendio de la historia de la Nueva Granada desde antes de su descubrimiento hasta el 17 de noviembre de 1831, no se contentó con la presentación de los hechos sino que seleccionó los que le parecieron verosímiles y que, de acuerdo con una estructura previa del historiador, le eran útiles para la reconstrucción del relato. A partir de juicios anticlericales y referencias al atraso de la estructura feudal heredera de la Colonia presentó una “historia narrativa del tiempo breve en un transcurrir cronológico lineal”27. Liberal también, José María Samper optó años después en su Ensayo sobre las revoluciones políticas por otro tipo de historia, ya no narrativa, sino crítica, en la que intentó explicar el pasado colonial, a partir de la valoración del individuo contra el peso de las instituciones. Esta posición adoptada por los escritores liberales de mediados de siglo estuvo fuertemente ligada a las propuestas económicas anglo-sajonas y a las teorías políticas ampliamente difundidas de Jeremías Bentham. El utilitarismo promulgado por el escritor inglés planteó el papel del Estado que buscó alcanzar la felicidad dando prelación al placer por encima del dolor, negando el derecho natural y divino28. “Según los opositores a esta medida, detrás de una filosofía que explicaba el origen de las ideas en las sensaciones o en la observación del propio pensamiento, vendría el materialismo total, el ateísmo, la pre-

27. Ibid., p. 74.
sencia de la revelación y la pérdida del fundamento de la sociedad y de las instituciones”

La historiografía conservadora, por su parte, solucionó la relación con el pasado no desde la historia individual propuesta por el partido opositor, sino a través de un fuerte vínculo institucional en el que tuvieron un papel fundamental la Iglesia y el Estado. En La república en la América española, Sergio Arboleda, igual que algunos de sus contemporáneos, adjudicó la causalidad histórica a la divina providencia y así justificó la necesidad de mantener la herencia española para solidificar la tradición religiosa católica. En la obra extensa de José Manuel Groot, la Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada (1868, —vale la pena resaltar el subtítulo: “escrita sobre documentos auténticos”—, el autor se basó en dos principios para su escritura: el moral, “tomando a mi cargo la defensa de la verdad histórica en orden al clero, me resolví a defenderla dondequiera que la hallase ultrajada”; y el de la verdad, “he preferido en mucha parte de esta obra las inserciones de textos originales a los relatos propios; porque es cierto que entre más un historiador deje hablar a sus contemporáneos, en lugar de hablar él por ellos, tanto más garantiza la verdad de sus apreciaciones, tanto más satisfecho queda el lector”

Ya a finales de siglo la construcción del discurso histórico se fundamentó en la verificación de los hechos a partir de su descripción por parte de otros historiadores. Se trató de un entrelazado de textos en el que intervino el autor en el papel de conector, como ocurrió en las Crónicas de Bogotá y sus inmediaciones (1891) escritas por Pedro María Ibáñez. En esta obra, escrita para conmemorar el aniversario de la ciudad, a partir de un trabajo de reconstrucción de información con “método y verdad”, se privilegiaron los documentos sobre la voz del historiador y así la historia se despojó totalmente de cualquier intervención en la política.


Durante todo el siglo, afirma Germán Colmenares, “los historiadores del siglo xix persiguieron las raras ediciones de las crónicas de la conquista en París, Madrid o Londres. Veían en ellas un posible modelo historiográfico autónomo que ahora podían cotejar con una geografía y una sociedad mejor conocidas. Éstos eran los materiales esenciales para una síntesis futura, para una narrativa posible, siempre y cuando se expurgaran y confrontaran con archivos españoles y americanos”31. Sólo los documentos garantizarían una continuidad narrativa y dicha continuidad era la que permitía reproducir la continuidad temporal o la sucesión de hechos reales. La biografía fue el género más propicio para lograr este propósito, ya que permitía apropiarse de los acontecimientos más importantes en los que éste se había visto envuelto a partir del seguimiento de la vida de un personaje.

La novela histórica participó de la tradición ya consolidada en la Colonia a través de la crónica y reafirmada en la historiografía posterior a la Independencia, en la cual el discurso emitido hizo parte de una constante evaluación acerca de los discursos anteriores sobre el pasado. Es por esta razón que las obras se escribieron a partir de las obras ya escritas. Pudieron compartir quizá los rasgos que se habían adjudicado al discurso de la historia en el siglo xix: “La historiografía deviene entonces ideológica y partidista, encaminada a legitimar con su visión peculiar del pasado el proyecto político del presente. Cada proyecto se forja su pasado, que necesita su propia “verdad” que lo justifique”32.

La novela histórica liberal sirvió, entonces, para dar su propio sentido a los textos del pasado y así evocar para el lector una versión propia sobre el presente, en el cual estuvo fuertemente cuestionada la tradición española y en el que se buscó, aunque no de manera explícita, otorgar un papel político a la literatura. Bien pudo ser ésta la razón por la que Felipe Pérez se propuso escribir una serie de novelas sobre el pasado de la historia indígena y de la conquista del Perú.

32. Bernardo Tovar, op. cit., p. 100.
Absorción del discurso de la historia

... sus hechos tienen toda la austeridad de la historia,

junto con la gracia de la novela.

—Jilma

1. El autor como lector del pasado

Simular una realidad fue, quizá, la acción más acorde con la intención fundamental de la novela histórica. El carácter de la ficción estuvo en la representación por medio del lenguaje, lo que en apariencia constituía una realidad homologable, unas veces con mayor distancia que otras, a la vivida por los individuos a través de la historia. Es quizá el concepto de mímesis, elaborado por Aristóteles, en el que “el poeta finge acciones”, el que permite comprender el sentido de la simulación por medio de la cual se construyó la ficción en la novela histórica. Así, los procesos de representación no sólo se refirieron a acciones y acontecimientos, sino que además transmitieron historias ya elaboradas y, quizá, de alguna manera imaginadas\(^1\). Lo que interesó entonces fue la forma como se inventó y se dispuso esta historia. El autor construyó una realidad que pertenecía al mundo de la escritura. A partir de su propia investigación acerca del pasado, basada generalmente en la lectura de otros textos, construyó un entramado en el que su referente fue el discurso mismo.

La representación del tiempo y del espacio fue el eje fundamental a partir del cual se elaboró esta literatura sobre el pasado. En un intento por simular la reconstrucción de una realidad probablemente transcursada, la novela histórica fue configurada por el autor con unos para-\(^1\)

1. “Siguiendo la máxima de Aristóteles de que el poeta es más poeta por la ficciones que inventa que por los versos que compone, podemos situar a los autores de novelas entre los poetas”. Gerard Genette, *Ficción y dicción*, Lumen, Barcelona, 1993, p. 16.
metros espacio-temporales que intentaron, desde la linealidad del lenguaje, ubicar al lector frente a una realidad particular. Así, se trató de una forma de comparación con la imagen del pasado que ya había sido reconstruida a partir de los discursos que configuraron la tradición. Los encargados de elaborar de esta imagen fueron los discursos de la historia y de la tradición literaria, que establecieron el límite entre lo permitido y lo no permitido en lo que se consideró como perteneciente al mundo de la ficción.

Para completar este proceso de simulación y de absorción de discursos del pasado fue también fundamental la propuesta por medio de la cual las obras caracterizaron sus procesos de verosimilitud, en relación con lo que otros discursos apropiaban como lo verdadero. Sólo a la historia, y más aún en el siglo xix, le había correspondido el papel social fundamental de decir la verdad. En la novela era posible el campo de la invención a partir de dicha verdad. Los lectores leían novela, no historia, aunque lo pareciera. El lector asumía ser víctima del engaño. Por esta razón, aunque se presentaba con claridad la novela dentro de su marco, muchas veces enunciando de manera explícita su género, se indujo al lector a la creencia en lo verosímil.

En el caso de la novela hispanoamericana este intento estuvo determinado por la necesidad consciente de reconstruir un pasado que articulara las dificultades del presente con una propuesta sobre la construcción de una tradición nacional. En la ficción histórica el asunto estuvo en que el discurso del presente aceptó su relación con el pasado y pactó con el lector un espacio entre el mundo considerado como real, “transcurrido”, ya vivido, y el mundo propiamente novelesco. Lo importante aquí fue que en ese pacto intervinieron otros discursos, fundamentalmente historiográficos y literarios. Quizá este fue el sentido de lo literario, poner en diálogo diversos discursos con los que se construyó el presente, ya que no de otra forma se dieron los distintos procesos lectores de una obra del pasado.

La conciencia del pasado en el discurso asumió como mediación el manejo de las fuentes. No es sólo a la historia a la que se retornó como hecho del pasado, sino que se retornó a ella hecha discurso. Y fue así como el novelista construyó procesos de intertextualidad, en los que se dio la transposición de un sistema de signos del pasado a un siste-
ma del presente. Se trató de la referencia a otro texto y de la transposición de un sistema significante a otro. Ya lo dijo Mijail Bajtín cuando se refirió a la movilidad de la palabra literaria, señalando el texto como forma de absorción y réplica de un mundo de escritura anterior.

Por esta razón, en la novela histórica del siglo xix se puede hablar, más que de una intención de fidelidad histórica, de una búsqueda de verosimilitud, que en gran medida se construyó no a partir de la copia y de la identificación con el pasado, sino en la absorción y transformación de textos que se desplazaron desde el pasado hacia el presente.

Félique Pérez presentó en sus obras procesos de intertextualidad en los cuales estuvieron presentes los textos de cronistas de indias, como el Inca Garcilaso, Francisco López de Gómar, Fernando de Montesinos y de autores como William Prescott y Florencio O’Leary, sus contemporáneos. Si la novela, en palabras de Genette, da una presencia efectiva a un texto en otro, las novelas históricas sobre la conquista del Perú de Félique Pérez hicieron efectivos dichos textos del pasado y del presente.

2. La escritura sobre el pasado colonial

La novela histórica del siglo xix colombiano tuvo la función de construir los escenarios que desde la ficción reelaboran el pasado, sustentados bajo tres intenciones que en el presente se fusionaron muchas veces en el mismo discurso: la moral, las costumbres y lo nacional. En la selección de un pasado más próximo, el de la Independencia, o más distante, el de la Conquista o quizá un remoto pasado europeo, se vio la necesidad de apropiación de realidades a las cuales se les dio una significación útil para el presente. La diferencia fundamental que aquí interesa es la que se marcó entre el tratamiento que algunas novelas neogranadinas dieron al pasado colonial y la diferencia con las elaboradas sobre el pasado de la Conquista.


Muchas veces se ha considerado que en la novela hispanoamericana de mitad de siglo la novela histórica participó como expresión del fortalecimiento del liberalismo sobre la nación. No siempre ocurrió así, ya que al menos en el caso colombiano se dio una fuerte actitud histórica en la novela que quiso fortalecer la dependencia del pasado colonial y por lo tanto provino del grupo más conservador de la sociedad. Las obras no se plantearon el pasado como un conjunto de acontecimientos heroicos o como el escenario de unos acontecimientos. Se buscó restituir al pasado desde la comparación con el presente, es decir, en la distancia, hacer una relación de las costumbres del pasado y compararlas con las vividas en la actualidad. Curcio Altamar en su obra sobre la novela en Colombia denominó estas obras “novelas costumbristas sobre el pasado colonial”: “En su vuelta intelectual hacia el pasado los novelistas añoran las costumbres viejas idealizándolas y denuestan o menosprecian el presente que les parece carecer de sabor y de interés, de nobleza e hidalguía”

En este caso no interesaron los hechos que argumentalmente conformaron la historia, lo que sí fue un factor fundamental en la novela de tipo liberal y romántico. Lo que interesó a las novelas sobre el pasado colonial fue aquel material histórico que permitió la permanencia de determinadas relaciones sociales; no lo individual conformado por asesinatos y hechos de magia que servían como estrategia narrativa y de seducción para el lector, sino, lo que aparentemente era contradictorio, las diferentes relaciones que hacían que permaneciera el sentido de lo colectivo. Importaban los vínculos que mantenían la armonía, que por demás se configuraron en la permanencia de las creencias católicas y desde las estructuras sociales promovidas por el mundo colonial. Lo colectivo se enfatizó en las particularidades.

Aunque es pertinente señalar la necesidad de una investigación más amplia sobre los procesos de recepción de la escritura colonial y de la literatura española por parte de los escritores del siglo XIX, puede afirmarse que la novela histórica se encargó de activar el pasado a partir de la reescritura de textos comunes a la tradición literaria. Fue quizá

lo que ocurrió con *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle, que escrito en 1636 y del cual se conocen diversos manuscritos, sólo fue publicado por Felipe Pérez hasta 1859. *El Carnero*, de nombre original *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada hasta el año 1630*, fue la obra central a partir de la cual se elaboraron variadas producciones literarias del siglo xix. Llama la atención cómo algunos de los asuntos allí contados son retomados para su nueva narración. De interés particular fueron para los neogranadinos las historias relatadas a partir del capítulo décimo, creadas por la intención inicial del autor de narrar los primeros cien años de vida colonial, que dedicó al relato de los acontecimientos que ocurrieron en la ciudad de Santa Fe.

El caso más notorio fue el crimen cometido por el oidor Cortés de Mesa reelaborado por Juan Francisco Ortiz en *El oidor de Santafé* (1845), cuadro de costumbres, por José Antonio de Plaza en *El oidor de Santafé. Romance del siglo xvi* (1850), y por Germán Gutiérrez de Piñeres en *El oidor de Santafé. Drama histórico* (1857). Pero no fue éste el único caso, también ocurrió con la novela *Los tres Pedro*, obra de Temístocles Avella Mendoza, quien tomó la historia de los crimenes de Inés de Hinojosa cuidadosamente relatada en *El Carnero*. José Caicedo Rojas escribió a su vez, basado en la obra de Rodríguez Freile, la historia de Juana la bruja y dio su propia versión a finales de siglo en la novela del mismo nombre. Caicedo, en *Don Álvaro*, otra de sus novelas históricas realizó metarrelatos sobre Juana y el oidor Cortés de Mesa. Esta obra siguió la intención planteada en los textos anteriores y se fundamentó en la propuesta argumental de *Don Álvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas. Además de la mediación que impuso la presencia consciente y clara de un texto original, perteneciente a la tradición colonial o española, estuvo la relación que con la escritura se estableció en la utilización directa de las fuentes historiográficas. Por ejemplo, en *Juana la bruja* el autor mencionó de manera directa la versión que sobre las actividades de los oidores Beltrán y Góngora y López de Galarza dio el historiador Lucas Fernández de Piedrahita.

---
Los novelistas, al diferenciar su escritura de la propuesta historiográfica, supieron que su intención era dar una versión sobre el pasado, no el pasado mismo. La dualidad se presentó para autores y lectores de la primera mitad del siglo XIX ante la creación de una tradición en la que no se pretendía hacer una crítica directa a la actividad colonizadora por parte de España. Si bien el mundo colonial se construyó para la consolidación de las costumbres, el pasado fue fundamentado en relaciones condenables pero justificables en la permanencia de la realidad. No estuvo ajena la literatura a la afirmación del carácter caballeresco y heroico del pueblo español, a la conflictiva relación entre las armas y las letras.

Aunque es difícil generalizar, dado que buena cantidad de las novelas históricas aún no han sido trabajadas, puede interpretarse que los más conservadores escribieron sobre el pasado colonial y los más liberales sobre el pasado de la Conquista. La literatura sobre el pasado colonial, de carácter conservador, no estableció puente alguno con el pasado indígena. Este puente quizá se estableció con la literatura sobre el pasado de la Conquista. En obras como Los Pizarros se encontró una crítica directa a la visión de mundo española y se exaltó el mundo indígena. Mundo que, en las otras obras, había desaparecido a favor de la representación de la ciudad colonial. A Felipe Pérez le interesó el pasado anterior a la llegada de los españoles a América y el pasado de la Conquista, y se detuvo, identificándose cada vez más con su pasado español, cuando en la fundación y consolidación de las ciudades la Colonia estableció todo su poderío y las instituciones españolas se encontraron fortalecidas ante la desaparición de los heroicos conquistadores y de los incas.

6. En una realidad donde el crimen es el motor de la historia, don Álvaro se aferra a la poesía para interpretar su realidad y los versos lo conducen a comprender su destino; cantante y bailarín es Jorge Voto en Los tres Pedros y allí mismo Pedro de Hungría hace uso del teatro para descubrir la verdad del crimen.
3. La escritura sobre el pasado de conquista

3.1. Crónicas de Indias y textos de la tradición española

... ella se refiere a sucesos que tuvieron lugar en una época remota y en el seno de una civilización especial, débil o absurdamente transmitida hasta nosotros por cronistas baladíes o exagerados...

—Presentación a Huayna Capac

El tiempo transcurrido entre el pasado colonial y el presente para consolidar la nación estuvo determinado en el discurso neogranadino por el desplazamiento temporal que implicó la relación entre la crónica y la novela. Dicho desplazamiento puede verse, por un lado, en la relación como géneros a través del tiempo establecieron la crónica desarrollada más durante la Conquista aunque de ninguna manera ausente en el período colonial, y la novela, más presente en los desarrollos narrativos de la Colonia\textsuperscript{7}. Por otro lado, y es el que aquí interesa, la transformación que sufrieron los textos de conquista al ser entrelazados, a veces de manera directa, con las formas de ficción del siglo XIX, permite preguntarse por algunas características de los textos originales que escritos en una determinada situación de enunciación se constituyeron en elemento de transformación en el presente. Dichos textos participaron en un particular diálogo con el autor del presente, con un resultado de apropiación y modificación del texto dispuesto en la nueva obra literaria. Este proceso de transformación de la crónica a la novela fue más evidente cuando se piensa en la fuerza con que la actitud romántica introdujo en los hechos del pasado los motivos fundamentales del destino, del amor y de la muerte. En el caso de la novela histórica, como ya se ha visto en un capítulo anterior, se desarrollaron a su vez en la consolidación de los personajes y en la construcción fortalecida del héroe.

\textsuperscript{7} Diógenes Fajardo, “La novela colonial en América Latina”, en Anuario de Historia Social y de la Cultura, nº 21, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia, Bogotá, 1993, pp. 9-39.
Es difícil tener certeza de cuáles fueron las versiones con las cuales trabajó Felipe Pérez, lo que sobre todo en el caso de Prescott implica aventurar una lectura. No obstante es significativo que los textos básicos sobre los cuales se fundamentó el desarrollo de la novela fueran americanos. Se trató del mestizo peruano Inca Garcilaso de la Vega y del norteamericano William Prescott. Esta presencia, bastante fuerte en la obra, estuvo acompañada de las referencias de los cronistas españoles Francisco López de Gómara y Fernando de Montesinos.

En las obras se encontraron dos tipos de fuentes. Fueron explícitos los nombres y las referencias a los autores que ratificó Pérez en su tradición histórica. Es por esto necesario articular aquí, en lo posible, la relación de estos textos del pasado, particularmente las crónicas, y la manera como fueron dispuestas en las novelas de Felipe Pérez y cómo representaron el pasado en su condición de referentes. Se trata de inferir el sentido de estas relaciones y no de descubrirlas como verdaderas y directas.  

Pupo Walker asume como hipótesis de su trabajo la permanencia del elemento literario en el pensamiento histórico de América. Este planteamiento, ampliamente sustentado por el autor, permite preguntarse, en el caso de la prosa colombiana del siglo XIX, por la vocación histórica de la escritura literaria. Afirmación ésta que evalúa la naturaleza de la escritura de la historia en donde se diluyeron sus límites con los de la experiencia literaria. El discurso histórico asumió así los cánones narrativos de su época y la novela asimiló particularmente dichos cánones.

El problema de la verdad estuvo determinado en las crónicas de Indias por el propósito: “lo que se juzga del relato es su función, no es su verdad, la objetividad del discurso es constreñida por la utilidad político-oficial que pueda presentar”. Y fue quizá la conciencia de

---

8. En ningún caso se trata aquí de señalar cada una de las referencias y hacer un análisis comparativo de ellas con su texto “original”. Se trata de inferir el entretejido y la significación que adquieren dichos textos en las obras de Felipe Pérez.


esa función lo que la novela pretendió develar al darle un nuevo papel a la historia escrita, enmarcado en el discurso “no verdadero” de la ficción. En la escritura de las crónicas estuvieron presentes intenciones directas determinadas por la presencia institucional de la Corona que impuso límites, por ejemplo, a partir de la creación del cargo de cronista oficial o desde la presencia de la censura. Fueron factores que ejercieron control no sólo en cuanto a los preceptos de la doctrina católica sino sobre temas que eran problemáticos para la Corona, como la relación de los conquistadores con las instituciones españolas, de las relaciones con los indígenas, la promulgación de algunas leyes y la esclavitud de los indígenas. Ese impulso por escribir la historia verdadera y oficial determinó la necesidad, por parte de los cronistas, de revisar los “errores contenidos en otros libros”. No puede olvidarse que en la tradición de las crónicas del humanismo clásico, el cronista interpone sus lecturas entre la realidad y sus escritos, y el eclesiástico recurría a la Biblia y a los textos escolásticos para explicar la realidad.

Los *Comentarios reales*\(^{11}\) del Inca Garcilaso se han convertido a través de la historia en textos afirmativos de lecturas diversas y quizá extremas. Es interesante ver cómo la escritura del Inca ha sido una voz que tiende a permanecer a través del tiempo en la consolidación de nuevas voces y su uso se adecua a diferentes conflictos, no sólo americanos como las diversas interpretaciones y valoraciones que le dan los criollos limeños en la afirmación de su origen hispano\(^{12}\), sino también en lecturas europeas como las propuestas sobre el valor de la utopía durante la Revolución Francesa\(^{13}\).

El Inca Garcilaso, dejando a un lado las historias generales de inicios de la Conquista, buscó la escritura de historias particulares en las

---

11. La historiografía moderna designa como *Historia del Perú* la segunda parte de los *Comentarios reales*. El Inca se refiere en su introducción a primera y segunda parte de los *Comentarios*.


cual es la tradición escrita exigió una intención de contar y de cuidar la manera como se cuenta. Los objetivos fundamentales de los Comentarios fueron desarrollados en sus dos grandes partes: en la primera, lo importante fue la reconstrucción del gran imperio que se perdió bajo la dominación española y del que no se tenía memoria escrita. Una de las funciones del cronista fue completar lo sabido. En la segunda parte trató de acontecimientos más cercanos, que tenían que ver con la conquista y la primera época de colonización española, y el cronista contó con documentos, relaciones y testigos; el objetivo de completar, tanto en una como otra parte, se amplió con el de la rectificación y la polémica: "... y que no diremos cosa grande que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo; que mi intención no es contradecirles sino servirles de comento y glosa...". Fue así como la escritura de la obra provino de dos tradiciones: una letrada que hacía parte del erudito europeo y otra oral que provenía de la tradición americana. Ante estas dos tradiciones se construyó el tono de réplica del Inca sobre las crónicas más prestigiosas escritas hasta el momento sobre la conquista del Perú. El cronista se dirigió directamente "A los que afirman", en una revisión del conocimiento general, como por ejemplo la forma de la tierra y sus características geográficas y temporales, en los hechos de la historia.

Ya en las crónicas de Indias se evidenció una afición por relatar la historia a partir de actos particulares y personales. Por la cercanía de una historia propia, para Felipe Pérez la necesidad de escribir —la Independencia sustituyó todos los hechos heroicos anteriores— se con-

14. Refiriéndose a la relación entre crónica e historia en el siglo xvi, Walter Mignolo afirma: “En el momento en que ambas actividades y ambos vocablos coexisten es posible encontrar, al parecer, crónicas que se asemejan a las historias; y el asemejarse a la historia, según los letrados de la época, proviene del hecho de escribir crónicas no sujetándose al seco informe temporal sino mostrando más apego a un discurso bien escrito en el cual las exigencias de la retórica intervienen en el asiento temporal de los acontecimientos. Walter Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en Programa internacional interdisciplinario de estudios culturales sobre América Latina (Lecturas Coloquio Internacional) 1996-1999, Santa Fe de Bogotá, p. 75.

virtió en un cometido que desde ningún punto de vista requirió objetividad, pero sí la construcción de un mundo que se pudiera asumir como propio. La revisión de los discursos del pasado fue entonces un imperativo. Esta afirmación, válida para los autores neogranadinos, adquirió una nueva importancia si se tiene en cuenta la polémica que sobre la historia colonial propuso en Chile Andrés Bello contra su adversario Lastarria cuando éste planteó aniquilar y desconocer dicho pasado, de la cual no estuvieron ajenos los escritores de la Nueva Granada.

Como es característico del sentido de reconstrucción de un pasado que configure la nacionalidad, la novela histórica tuvo como fundamento un relato de algo históricamente reconocido. Fue constante la apelación del narrador a la memoria de los lectores, a algo ya sabido por ellos a través bien fuera de la tradición oral o de la escritura, y que hubiera anclado en la tradición. “Como muy bien lo saben los lectores…” fue una fórmula permanente que entrelazó el mundo de lo conocido con el mundo de lo desconocido o, al menos, con la transformación de éste. En el mundo letrado el reconocimiento del Inca Garcilaso como la voz de la tradición y del pasado estuvo asociada en las novelas de Felipe Pérez a la voz de lo ya conocido, lo que de alguna manera pertenecía a la necesidad histórica de una permanente revisión. Recordar en este caso consistió en afirmar. Las referencias al cronista se convirtieron en sello de veracidad y exactitud en las afirmaciones: “Batalla fue ésta, dice Garcilaso, en la que pelearon todas las fuertes lanzas de la conquista, y a la que no faltó uno solo de los capitanes españoles que había en la tierra, ora por el rey, ora por el usurpador”16.

Pero además de la veracidad y del recuerdo se dio una aproximación a la voz del pasado, útil para configurar un mundo que se armó a partir del detalle de la cotidianidad, casi con el dato curioso:

Oh! A fin de que se pueda estimar en su verdadero valor la riqueza de los españoles en aquella época, en que el dinero sonante era tan escaso como en Esparta, vamos a referir algunos pasajes de Garcilaso y Gómera que nos vienen como molde...

16. Felipe Pérez, Jilma, Imprenta de Ovalles y Cía., Bogotá, 1858, p. 49.
La cita fue complementada con otra cita del rey don Alfonso el Sabio. La referencia a los tres autores hoy parece curiosa por el interés en el detalle, pues tiene que ver con una aproximación a los costos de la vida en cuanto al valor de un par de zapatos en el Inca, las rentas de la corona de Francia en Gómara y el pago de una misa en don Alfonso.

El trabajo que realizó Pérez a partir de la obra del Inca fue de selección, en un gesto por independizar y a la vez integrar en su discurso algunos apartes de la historia que se repartieron de modo diverso. La estructura de las novelas y la de los Comentarios reales, quizá determinada por el devenir de la propia historia, fue la misma. En la primera parte los protagonistas fueron los incas, en la segunda los españoles.

Aun dada la importancia que para Pérez tuvo la versión del Inca, nunca adquirió completa autonomía de su fuente paralela, la obra de William Prescott. Los dos autores fueron citados y referidos e intercalados como el cronista y el historiador:

“Después de navegar por este río, unas dos leguas, dice el historiador, Pizarro mandó fondear...”; “... y se lanzó a tierra llevando una cruz en alto, en que, según palabras del cronista, confiaba más que en otra cosa...”

En algunas oportunidades evitó enunciarlos de manera directa y presentó un texto intercalado de alguno de los dos entre comillas.

El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), por su original condición de hijo de español e indígena, lo que ya es bien conocido, participó de las dos tradiciones. Aun así, puede afirmarse que optó en la historia de los conflictos armados de los incas por el mundo de su madre. Ella por su condición familiar y política fue afecta a Huascar, y por lo tanto consideró a Atahualpa un tirano y un bastardo. El Inca compartió su tradición materna y optó igualmente por el hijo peruano de Manco Capac, en oposición al considerado ilegítimo. Quizá por este motivo algunos han visto elementos carentes de imparcialidad y contradic-

18. Ibid., p. 63 y 157 respectivamente.
El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica

torios en la concepción de los Commentarios reales por parte del Inca. El personaje más conflictivo de su obra, en lo que tiene que ver con la primera parte, fue Atahualpa  


En buena hora que la
conducta de Atahualpa no fuese una conducta digna de elogio; ¡pero la de cuál conquistador lo ha sido! La de ninguno porque ninguno podía serlo. (...) Pero creemos nosotros que Atahualpa no llevó su tiranía más allá del límite sangriento que le trazaba su propia seguridad...”22. Más aún, nuevamente cuestionando al Inca, afirmó su total desacuerdo con la versión que afirmó que las crueldades eran extensivas a las mujeres y a los niños.

El carácter revisionista y transformador de la novela defendió a Atahualpa contra cualquier juicio de la historia anterior: “La historia no ha podido hasta ahora explicar la actitud de Atahualpa...”. En su defensa señaló la importancia de la actitud individual y de sus decisiones. Como en otras oportunidades en la construcción de un personaje, por ejemplo Pizarro, el individuo primó sobre la colectividad. Felipe Pérez resaltó el papel del individuo como hacedor de la historia. Participó así con el liberalismo en la fe en el individuo y sus acciones.

Sin olvidar esta marcada diferencia entre la propuesta del Inca sobre Atahualpa y la del escritor del siglo XIX, las novelas absorbieron la voz del Inca en su carácter legitimador de la historia del Perú. No corresponde aquí desentrañar los múltiples elementos que construyeron la visión del Inca Garcilaso, su relación con el mundo español y el mundo americano, y la manera como justificó la conquista española, su pertenencia a la tradición hispana y la caracterización como indígena, en últimas como mestizo. Es importante enfatizar que el Inca fue el cronista mestizo que se adecuó al sentimiento del neogranadino en la aceptación de la lengua española y a la vez resaltó el sentimiento vivo del pasado indígena y de la tradición hispánica23.

La exaltación de los conquistadores, que va desde el elogio de Francisco Pizarro hasta el de su hermano, el rebelde Gonzalo, puede entenderse además como parte de la estrategia general de la obra para legi-

22. Ibid., p. 100.
23. “… que también usó de esta su piedad para enviar su Evangelio y luz verdadera a todo el Nuevo Mundo, que tanta necesidad tenía de ella, pues vivían, o, por mejor decir, perecían en las tinieblas de la gentilidad e idolatría tan bárbara y bestial como en el discurso de la historia veremos”. Garcilaso, op. cit., p. 12.
timar a los mestizos como verdaderos herederos de las hazañas de los conquistadores y de la sabiduría de los gobernantes cuzqueños24.

El Inca de alguna manera fue el personaje sin territorio que fue Pizarro, y personaje-tipo a partir del cual se quiso fundar la nacionalidad, en ese espacio indeterminado entre España y América o entre América y España. También como los personajes de la novela, Garcilaso cambió de nombre al llegar a España.

La distancia que buscó tomar en su escritura lo hizo apropiarse de su nueva condición de mestizo: “A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres, y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él”25.

Por su parte, Felipe Pérez sintió la necesidad de legitimar la totalidad del pasado indígena, para así lograr el equilibrio que requirió su pertenencia tanto al mundo del pasado americano como del pasado español. En ese movimiento entre el mundo español y el mundo americano, una referencia a Francisco López de Gómara fue quizá la manera como Felipe Pérez aceptó la tradición más fuertemente marcada de la historiografía de la historia del Perú. No se puede olvidar que Garcilaso dialogó con el cronista español, ratificando, corrigiendo o ampliando su versión de la historia.

Francisco López de Gómara (1511-1564) fue capellán de Hernán Cortés y caracterizó de manera especial sus crónicas el hecho de que nunca viajó al Nuevo Mundo. En 1552 apareció publicada la primera edición de la Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés. Se trató de una historia moral en la que López de Gómara fue un fervoroso admirador de la Conquista. Allí la historia se concibió esencialmente como la biografía de los grandes hombres, en donde la figura del con-

25. Garcilaso de la Vega, op. cit., p. 86.
quistador sobresalió en toda la conquista. Esto de alguna manera pudo contribuir a la consolidación de los personajes heroicos en la construcción de las novelas. Es curioso encontrar que Felipe Pérez no tuvo en cuenta la voz de Hernán Cortés como cronista, aunque quizás de allí y de la biografía de López de Gómara provino su voz como personaje.

A lado de Gómara, otro cronista señalado de manera directa en las novelas fue Francisco de Montesinos en sus Las memorias antiguas y modernas del Perú. Felipe Pérez extraído de allí la versión milagrosa de la batalla de Puná. El cronista español viajó a Lima en 1629, y ocupó el cargo de Visitador General y el Curato en Potosí. En igual condición estuvo Cristóbal de Molina —“Empero sí hemos de dar entero crédito a Molina”26—, del que se dio esta única y breve referencia dirigida al asombro de los españoles ante los jardines de oro y plata que encontraron en Túmbez. “Hay dos Cristóbal de Molina: los dos del siglo xvi, los dos clérigos, los dos escritores acerca de cosas del Perú”. El uno se dedicó fundamentalmente al descubrimiento de Chile por Almagro, aunque también relató algunas de las costumbres de los indios; el otro enfocó directamente su trabajo a la religión y fábulas de los incas. Al primero se le denominó el Almagrista y al segundo el Cuzqueño27. Desafortunadamente, Esteve no ha podido tener a la mano una otra obra para así determinar cuál de los dos autores leyó Felipe Pérez.

Dentro de la tradición española, ya no directamente historiográfica, además de la referencia realizada a Alfonso x, se dio una cita al Romancero de Mora28. Fue utilizado quizá como el género más apropiado entre la historia y la literatura, para ubicar la época del reinado de Carlos v. No se puede olvidar la relación que estableció Pérez entre el romance y su importancia épica para una nación. Se trató de explicar en términos españoles la vida social, el tema del pueblo, de gran importancia en el discurso liberal del siglo xix.

La absorción textual de fragmentos de obras españolas por parte del Inca Garcilaso conduce a pensar que, además de las estrategias na-

rrativas de seducción al lector que este hecho posibilita, fueron formas de legitimación del discurso novelesco. La utilización del Inca validó no sólo la intención de apropiarse del pasado americano; permitió también construir un mundo que consolidó su tradición entre España y América. Para Felipe Pérez en la construcción del mundo novelesco no bastó con esta forma de hacer efectiva la obra del Inca. Ésta adquirió su verdadera dimensión en el diálogo con otra propuesta historiográfica más cercana al presente del novelista: la utilización de William Prescott fue la apropiación de una cultura distinta, extranjera, en la que se reconoció la presencia del otro y en la que a partir de su identificación se hizo presente la ampliación del ámbito cultural del novelista.

3.2. Textos contemporáneos

Felipe Pérez participó en la preocupación fundamental de sus contemporáneos americanos en la aceptación de la tradición reconocida como española y la consolidación de una nueva tradición. Era nueva y sin desconocer su pasado español debía apropiarse de un pasado en el que participara la tradición indígena, y quizá lo que era más importante para la solidificación de su pensamiento liberal poder asegurar la participación a una tradición más ampliamente europea y norteamericana. De allí su interés por participar en los discursos historiográficos de autores como William Prescott y el general Florencio O’Leary.

No existe claridad sobre cuál de las ediciones en español de la Historia de la conquista del Perú llegó a manos de Felipe Pérez.29 Fue probable que tuviera acceso al historiador norteamericano en su viaje al Perú cuando en 1852 fue nombrado secretario de la Legación de la Nueva Granada ante los gobiernos de Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, de la cual era jefe Manuel Ancízar. “La versión que tuvo mayor difusión en el Perú, a juzgar por el número de ejemplares que se conser-

---

van, es la Nemesio Fernández Cuesta editada por Gaspar Roig en 1851. La misma es una versión popular de la publicada por Rodríguez de la Rivera en Madrid en 1847”³⁰.

William Hickling Prescott (1796-1859) fue reconocido en su época como el historiador que con sus escritos aproximó a los lectores de lengua inglesa a la historia española y americana. Su extensa obra estuvo determinada por la colaboración de historiadores, ayudantes y diplomáticos que pusieron a su alcance una gran cantidad de fuentes y manuscritos, que le permitieron no sólo escribir la Historia de la conquista de México y la Historia de la conquista del Perú, sino además la Historia del reinado de Fernando e Isabel, editada en 1833, y los dos volúmenes sobre la Vida de Felipe II, en 1855.

La preocupación de Prescott en el prólogo a su obra sobre el Perú consistió en aliviar un poco su imagen de historiador ciego, que a partir de un gran esfuerzo elaboró las Historia de la conquista de México (1843) y la Historia de la conquista del Perú (1847). Para esto enfatizó la colaboración de sus auxiliares, que fueron enviados a las bibliotecas españolas a copiar los manuscritos referentes al pasado americano. Así no sólo demostró la intensidad de su trabajo, sino también su dependencia absoluta de fuentes de primera mano y por lo tanto confiables según su veracidad. A pesar de tanto trabajo y esfuerzo, parece que para el historiador norteamericano su historia del Perú fue una obra menor, sólo necesaria para complementar sus libros anteriores. Es quizá por esto imprescindible para el autor realizar en el texto comparaciones regulares con la historia de México, entre la grandeza de Cortés y Pizarro, entre la cultura mexicana y la peruana. Pero este hecho también formó parte del carácter rectificador del que como historiador participó a su vez Prescott. Se remitió a las obras del Inca Garcilaso, de Francisco López de Gómara, de Pedro Pizarro, de Fernando de Montesinos, de Antonio de Herrera, de Gonzalo Fernández de Oviedo, de Pedro Cieza de León, Agustín de Zárate, Diego Fernández de Palencia y de Alejandro von Humboldt, los principales entre otros.

³⁰. Secundino Villoria y Juan José Larero, La historia traducida (versiones españolas de William H. Prescott en el siglo XIX), Universidad de León, León, 1992, p. 150.
En el caso de Prescott se puede ver nuevamente cómo la literatura y la historia intercambiaron sus intereses y sus discursos. Por un lado, participó la historiografía del lenguaje de la literatura: “La admiración que los historiadores norteamericanos sentían por novelistas como Scott, los impulsó a adaptar varias de sus convenciones literarias. Existe una gran proximidad entre las ‘estructuras’ interpretativas de la ‘imaginación histórica’ de los mismos historiadores (que incluye figuras tan importantes como Brancrof, Prescott y Parkman) y el discurso literario, tanto en los modelos que utilizan como en las implicaciones ideológicas de sus versiones del pasado”\(^{31}\).

Por otro lado, el discurso de la historia prestó sus convenciones a la construcción del pasado en la literatura. La obra de Prescott probablemente llamó la atención al novelista del siglo xix por la aproximación al héroe, lo que se constituyó en fundamento para la labor literaria. “La influencia del modelo romántico de Prescott es evidente. El drama histórico debía estar revestido de la ‘magnificencia y grandeza’ de los reinos, escenario adecuado para que a un choque de caracteres (Cortés y Moctezuma, Atahualpa y Pizarro) pudiera atribuirse una significación”\(^{32}\). Trató por medio de la escritura de resaltar el interés dramático de la conquista.

Para Felipe Pérez fue fundamental la narración de la historia por parte del autor-narrador, en el sentido de reconstruir una temporalidad sobre el pasado tanto indígena como de la Conquista, que le fuera útil como instrumento de veracidad. Pero también lo atrajo la posibilidad que desde la historia se daba a la construcción de los personajes. Quizá por eso participó de los propósitos de Prescott, quien en la introducción a \textit{La conquista del Perú} afirmó:

\begin{quote}
Los ingleses dan gran mérito a la pluma de Robertson, cuyo magnífico bosquejo ocupa el espacio que le corresponde en su gran obra sobre América. Mi objeto ha sido presentar al lector la misma historia con
\end{quote}


todos sus poéticos pormenores; no simplemente retratar los rasgos característicos de la Conquista, sino realzar los perfiles con un colorido animador, de modo que presente una minuciosa y fiel pintura de aquellos tiempos. Con ese objeto al componer esta obra me he aprovechado lo más posible de los manuscritos que poseo, y sobre todo he sacado mucho partido de sus cartas, porque en nada es más probable que se descubra el corazón que en la libertad de la correspondencia privada. He hecho amplios extractos de estos documentos en las notas, tanto para apoyar el texto, como para dar publicidad a estas producciones de los eminentes capitanes y estadistas de aquella época, producciones que los mismos españoles no conocen.

Es interesante ver cómo en el diálogo entre discursos que se estableció en las novelas de Pérez, las referencias del historiador no se presentaron en los momentos de mayor tensión dramática, sino que contribuyeron a la conformación del mundo cotidiano. Le atrajeron más los aspectos concretos de la vida que las ideas, al igual que ocurrió con su contemporáneo Irving, aunque se diferenció de éste por el amplio acervo documental.

*Los Pizarros* fue uno de los ejemplos directos de la manera como la novela histórica reconoció y aprovechó el carácter textual de la historia. El neogranadino elaboró un capítulo denominado “Donde el autor deja a Prescott el cuidado de hablar por él”35. El autor dio su pluma al historiador, quien narró, continuando con la estructura y el estilo anterior, el viaje que realizó el marino Ruiz para reconocer la isla de Gallo, el asombro mutuo entre indígenas y españoles al reconocer que el otro poseía embarcaciones de igual técnica que la propia, y la espera de Pizarro en la isla. Sus acciones se asemejaron a las de Cortés, “al que parecía haberse fijado como modelo”. Así el texto estuvo dispuesto de tal manera que en varias ocasiones fue imposible distinguir las voces con las cuales estuvo configurado.


[88]
Las referencias al historiador, que como se recordará están intercaladas permanentemente con las del Inca, al que se denominó el cronista, permitieron momentos en los que confluyeron las tres voces principales de la obra, la de Pérez que absorbió la de Prescott, que a su vez absorbió a Garcilaso: “Al fin como dice el valiente escritor americano, el ejército real al llegar a la cresta”. El uso del historiador no estuvo dirigido, como puede verse, a los grandes hechos sino que por el contrario se utilizó sobre todo para ratificar el detalle: “Pizarro, dice el historiador, antes de sentirse cortado en presencia del Emperador, conservó su acostumbrada calma...”36. Igualmente se remitió al norteamericano para señalar actos como fondear el barco o la descripción de un valle, entre otros. Es fundamental señalar cómo el autor quiso hacer consciente en el proceso lector el uso de las fuentes historiográficas. Trató de consolidar la novela desde otras lecturas que fueron las encargadas de complementar el mundo que se fue creando, varias veces citado de manera directa y entre comillas: “Repasemos ahora en las páginas del historiador los rasgos privativos de la organización política de este imperio: en ella están trazados con su propio colorido; y nosotros necesitamos conocer algo del pueblo de cuya vida vamos a presenciar varias escenas”37.

Si bien fue importante la utilización del historiador para construir el entramado narrativo a la vez que para la legitimación de la historia sobre el pasado y la construcción de los personajes, el uso por parte del neogranadino de una tradición diferente a la española, en lengua inglesa, constituyó una búsqueda ideológica común a buena parte de los grupos letrados de mediados de siglo. Es necesario señalar la importancia que se dio a la tradición anglosajona, dentro de la que se incluía la norteamericana, para los grupos liberales en sus intentos de construir la nacionalidad, ya que era útil para consolidar unas ideas diferentes a las españolas, más cercanas a los de los grupos conservadores. No se puede olvidar la importancia que para la formación del liberal de mediados del siglo XIX tuvo un viaje a Europa o a Estados Uni-

36. Ibid., p. 268.
dos. Por otra parte, fue una intención consciente de dichos grupos realizar una búsqueda comercial, encaminada a la construcción de nuevas propuestas políticas. Entre ellas, la fundamental de crear una conciencia de las diferencias culturales entre los españoles y los ingleses. Dichas diferencias fueron enfatizadas durante casi todo el siglo en los distintos proyectos educativos que, a partir de la mirada conservadora, promovieron la enseñanza de la teología, el derecho y la filosofía, y, en oposición, los grupos liberales que proponían una sistema educativo más anglosajón, que hiciera hincapié en las actividades prácticas con su sentido del trabajo y del rendimiento económico. En *Los Pizarros* el narrador afirmó refiriéndose a los españoles: "Nación de hidalgos, poetas y soldados, pero nunca ni de estadistas ni de pensadores". Prescott también había dado su propio punto de vista sobre las diferencias culturales de las dos naciones. La cita, aunque extensa, permite ver dicha propuesta:

¡Qué contraste entre estos hijos del mediodía de Europa y las razas anglosajonas que se derramaron por toda la parte del Norte del hemisferio occidental! El principio de acción de estos hombres no era la avaricia ni el pretexto del proselitismo sino la independencia, la independencia religiosa y política. Para asegurar estos beneficios, se contaban con ganar la subsistencia a fuerza de privaciones y trabajo. No había para ellos visiones doradas que cubriesen su carrera con un velo engañador, y que los obligara a caminar a través de mares de sangre para echar por tierra a una inocente dinastía. (...) Parece que la Providencia ordenó especialmente que el descubrimiento de las dos grandes divisiones del hemisferio Americano hubiese sido hecha por las dos razas más a propósito para conquistarlas y colonizarlas. Así fue que a los anglo-sajones tocó la parte del Norte, cuyo clima frío y suelo más ingrato eran muy propios para que ejercitasen sus hábitos de orden y de trabajo; al paso que la parte Sur, con sus preciosos productos,

de los trópicos e inagotables tesoros minerales, era un cebo muy propio para excitar la codicia de los españoles⁴⁰.

En la constitución de la nacionalidad fue marcada la necesidad de adquirir la distancia que implicaba la construcción de unos valores diferentes a los hispánicos. En el proyecto liberal era fundamental el intento por apoyar el espíritu individual y crear reformas destinadas a erradicar las prácticas e instituciones coloniales. No había nada que se ajustase más a su intención que la ideología anglosajona, que se oponía desde épocas anteriores de manera radical al pensamiento hispano. Quizá por esto, el otro autor cercano a Felipe Pérez citado en sus obras, aunque sólo sea una vez, fue el soldado de la independencia, general O’Leary. “Con todo, la mejor descripción que puede darse del Cuzco fue la que dio en el año 1825 el General Florencio O’Leary, a saber...”⁴¹. Es un interesante desplazamiento temporal para la descripción de la ciudad en el momento en que la habitan los incas, ya que no se refiere a la ciudad presente, sino a sus ruinas y a las acciones que sobre ella efectuaron los hombres. O’Leary fue uno de los extranjeros más importantes de la Independencia, tanto por su actividad combativa al lado de Simón Bolívar, como porque se dio a la tarea de conservar y reunir en sus Memorias todos los documentos que consideró útiles para el futuro, como actas, proclamas y correspondencia política y personal. La mirada desde la Independencia permitió al novelista la presencia del cambio, de un mundo que ya no era español pero tampoco indígena, que en la historia de Occidente pudo comparárselle al de la antigua Roma. El pasado ya no era de la barbarie, sino de la civilización.

3.3. La transgresión de la historia oficial
y la presencia del arcángel san Miguel

Por último, y considerado como un valor central que recorre las cuatro novelas, es necesario señalar algunos elementos del sentimiento religioso, que se expusieron en la obra de Pérez, con el objetivo de re-

⁴⁰. William Prescott, Historia..., op. cit., p. 52.
⁴¹. Felipe Pérez, Huayna Capac, op. cit.
visar la tradición sobre la Conquista elaborada por la historia oficial. El poder de la evocación de toda la obra remitió a la memoria y al olvido del lector. Se narró sucesos que ya eran conocidos, así fuera de manera general por los lectores, y por tanto confiables ("... y es fama que al traspasar el umbral murmuró...")42. Aún así, para ratificar los hechos, el uso de las fechas exactas devino un carácter documental. La referencia a documentos anónimos rescatados de los archivos de Toledo y de Simancas autorizó una generalización sobre lo que era verdadero y permitió crear con el lector un pacto sobre ciertas convenciones, en que no se sospechó la veracidad de lo dicho.

Una constante en las obras fue la desacralización de las historias oficiales. En la voz irónica y codiciosa del padre Luque se escucharon los siguientes pensamientos: "¿Quién quita que vengan a ser tan célebres como Hernán Cortés; y que mi nombre como miembro de la empresa sea citado en las historias cual modelo de desprendimiento pecuniario y celo religioso?...", y agregó el avaro padre Luque: "Pero no, Luque, más vale vivir un día en la tierra que ciento en la historia"43.

Más que ataques por parte del narrador contra las diversas actitudes de los miembros de la Iglesia católica durante el proceso de conquista, la estrategia fundamental a partir de la cual se elaboró la crítica fue en la forma como se construyó el relato. El punto esencial estuvo en la manera de presentar la intervención de la Divina Providencia en las actividades de conquista y el papel de la Iglesia al rectificar los hechos, adjudicándoles su propia versión.

En cierta forma, parece que se concibiera la conquista como una nueva escena del tradicional drama entre lo divino y lo demoniaco; la explicación de los hechos remite a la causalidad sobrenatural, el drama histórico profano se halla radicalmente reducido al esquema metafísico de aquel drama en cuya versión terrenal del Nuevo Mundo el español encarna y ejecuta designios de la providencia. Tal es el principio de inteligibilidad de la historia común a todos los cronistas religiosos, emanado directamente del pensamiento teológico dominante de la época44.

42. Felipe Pérez, Los Pizarros, op. cit., p. 279.
43. Ibid., p. 24.
44. Bernardo Tovar, op. cit., p. 36.
El ejemplo más claro en las novelas estuvo en la presencia de figuras divinas que apoyaron a los conquistadores. Particularmente el caso de la participación del arcángel san Miguel en la guerra de Túmbez. Las novelas permitieron relatar versiones distintas de los mismos hechos, ya que en ellas se superpusieron varias temporalidades. Por ejemplo, en *Atahualpa* se relató la llegada de los españoles al Perú y las primeras luchas de conquista; estos hechos fueron nuevamente contados en *Los Pizarros*, aunque con más detalle y extensión. En estas novelas se dieron las dos versiones de la historia sobre la batalla de Puná. La primera en *Atahualpa* y fue la siguiente:

En estas andanzas y después de haber salido de Túmbez, resolvió Pizarro fundar una colonia, a unas treinta leguas al sur de aquel puerto. Llamola San Miguel, por la eficaz ayuda que prestole este celeste guerrero en la batalla con los hijos de Puná, donde tuvo a bien presentarse el santo con espada y rodela, y poner en consternación y fuga a los herejes.

La segunda versión, mucho más compleja, revisó la anterior y puso en duda la intervención milagrosa:

Y quien será el desventurado follón que tome a novela esta parte milagrosa de nuestra historia, para espetarle íntegro el siguiente pasaje de Montesinos, que no por llevar un nombre sospechoso por sus conexiones quijotescas, es desmerecedor de ilimitado crédito? “En la batalla de Puná vieron muchos, ya de los indios, ya de los nuestros, que había en el aire otros dos campos, uno acaudillado por el arcángel San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel y sus secuaces; mas apenas cantaron los castellanos la victoria, huyeron los diablos, y formando un gran torbellino de viento, se oyeron unas terribles voces que decían: Vencístenos, Miguel, vencístenos!

—¿Qué decir, Candía, del poderoso auxilio que nos ha prestado el cielo en esta ocasión?

—Ignoro, don Francisco de qué auxilio me habláis.
—¿Pues qué! ¿No habéis visto al celeste guerrero?
—¿El del caballo blanco?
—El mismo.
—Yo sólo sé decir del tal que es un guapo mantenedor; pero por lo que hace al origen celeste que le atribuís…
—¿Qué? …
—Tengo mis dudas.
—Cómo así?
—Porque si mal no vi, el caballo en el que venía montado era el mismo en que yo atravesaba todas las mañanas la ciudad de Toledo por delante del alcázar.
—¿Y qué?
—Aunque de superior calidad, no lo creo digno de ser oprimido por piernas angelicas.46.

A continuación la historia desvirtuó de manera elemental la versión del milagro difundida por la historia eclesiástica. Ya se había creado una ambigüedad entre los géneros novelesco e histórico y una referencia directa a El Quijote, dando la posibilidad de considerar al cronista novelesco. El narrador identificó al arcángel, quien era nada menos que un criminal y que como personaje de la metamorfosis había aparecido de diversas maneras en la obra. Se trató de Ali, el pirata del Mediterráneo acusado por varios crímenes contra su familia, quien a la vez era el bandido que había intentado robar a Pizarro cuando iba camino de Sevilla para Toledo. Su nombre había cambiado, de Ali se convirtió en Corazón y de éste en Manjarrés. La construcción de la historia fue la de aquellos personajes propios de la novela histórica que a partir de un permanente proceso de metamorfosis aparecieron y desaparecieron a lo largo de la historia. Este personaje fue también el que se robó a Florazul, enamorada de Pizarro y princesa americana, para llevarla a España “revestida de joyas”.

Es fundamental que si bien se desmintió la versión de la presencia del arcángel durante la batalla, se reconstruyó a partir del personaje partícipe de la alegoría del ángel caído. El maleante en últimas acabó por ser ángel, al final de la caída ocurrió el milagro y la conversión. Durante su huida, y la cercanía de la muerte, Manjarrés aceptó la presencia de Dios. Ante lo imponente de la naturaleza americana, de la soledad del mar, Ali se interrogó sobre la presencia divina y su relación con los hombres de mal como él. Después de ser el personaje antagónico de Candía, que provino de su mismo origen ya que era su hermano, se convirtió al catolicismo fray Modesto, quien acompañó al hermano y aconsejó en sus últimos días. Se opuso a la vez al representante de Iglesia encarnado en el padre Luque. Finalmente, el destino propició que presenciara su muerte y fue tentado sin éxito por los tesoros que acumuló durante años la avaricia del sacerdote.

Es necesario entonces aclarar que más que una actitud anticatólica la propuesta de la obra de Pérez fue anticlerical. El catolicismo fue aceptado por grupos liberales, en particular por los gólgotas, como la religión de los oprimidos. Quizá por eso la importancia que se dio en las novelas a la comparación de la llegada a América con la leyenda bíblica del becerro de oro. América como la perdición del cristianismo, y dicha perdición se adjudicó en gran medida a la actitud de los representantes de la Iglesia.

Las cuatro novelas de Pérez propusieron la utilización del discurso de la historia haciéndolo efectivo en el de la novela, lo cual permitió la relación entre literatura y política, necesaria como forma para la fundación de la nacionalidad. No fue el discurso político el que se noveló; fue el discurso sobre el pasado el que sirvió de mediación para construir una propuesta sobre el presente. La función que el narrador pretendió dar a la ficcionalización de la historia no estuvo encaminada solamente a la necesidad de volver a narrar, sino fundamentalmente a generar una reflexión crítica sobre el pasado. El discurso literario a mediados del siglo XIX se convirtió entonces, para Felipe Pérez, en la Nueva Granada, en el discurso cultural más apropiado para legitimar el intento de un nuevo poder político que desde inicios de la década del cincuenta se había consolidado a partir de la separación entre el Estado y la Iglesia, lo que se constituyó en un proyecto fundamental.
para cancelar cualquier vínculo con las estructuras económicas y políticas del pasado colonial. Se dio así un papel social a la literatura en la toma de posición ante el problema fundamental del presente: la construcción del espíritu nacional.
A mediados del siglo XIX las novelas históricas de Felipe Pérez sobre el pasado indígena y de conquista del Perú hicieron parte de las respuestas a uno de los múltiples vacíos que debieron llenar los neogranadinos al intentar consolidar la nacionalidad: la actitud ante el pasado. En nuestro discurso contemporáneo existe la necesidad de explicar de qué manera se ha llegado a lo que actualmente es y cuáles son los elementos de diferenciación con dicho pasado; así, es fundamental conocer la participación que tuvo la literatura en la construcción del pasado.

El autor compartió la importancia que tuvo la Independencia para el pensamiento de los neogranadinos, quienes intentaron, a partir de la primera gran crisis generada por la disolución de la Gran Colombia en 1830, consolidar una propuesta nacional. Se encontraron ante la disyuntiva que planteó su pertenencia a la tradición española fuertemente afianzada por el catolicismo y el común uso de la lengua, a la vez que por una serie de lazos que la mayoría de las veces estuvieron fortalecidos por las relaciones familiares. Por otra parte, estuvo la necesidad de ruptura que implicó la Independencia de España y las múltiples posibilidades que proporcionaron otras tradiciones como la inglesa y la francesa en un intento por consolidar una realidad propia, marcando la diferencia con el pasado colonial.

Felipe Pérez encaminó su búsqueda hacia la segunda propuesta, dirigida a la revisión del pasado indígena y español. En sus cuatro novelas—Huayna Capac, Atahualpa, Los Pizarros y Jilma— dio una función particular a la literatura: generar una nueva imagen sobre el pasado. Además de volver a contar los hechos y las acciones, la escritura construyó un imaginario por medio del cual la literatura fue vocera de una sociedad que buscó representarse a sí misma en un presente, el cual a su vez se hizo más sólido al tener su propio pasado. De esta ma-
nera intentó solucionar los conflictos que en la tradición generó la presencia de la sociedad indígena que había tendido a desaparecer irremediablemente y la acción colonizadora española. El ejercicio de la literatura apuntó a la construcción social de sentido más que a la transmisión de mensajes acerca del mundo.

En la construcción de sus novelas históricas Felipe Pérez apuntó a lograr una nueva apropiación de la temporalidad y de la espacialidad en la ubicación fija de unos personajes. Elaboró sus novelas a partir de la relación entre la historia y la ficción y los múltiples desplazamientos del tiempo y del espacio que esta relación le permite. El autor propuso una reflexión sobre el pasado colonial que, al neutralizar algunas diferencias entre el mundo americano y el mundo español, pretendió lograr una tradición unificada, en la que aceptó la tradición española, pero a la vez reconoció la pertenencia a una tradición americana. Para su propósito nacional no pudo renegar de ninguna de las dos, y quizá por eso no hubo denuncia sobre el proceso de Conquista y menos aún sobre los gobiernos incaicos. La actitud del escritor no fue radicalmente crítica ante el pasado, sino parcialmente en lo que correspondió al papel dado a la Iglesia católica. Intentó desde la literatura encontrar un equilibrio en dicho pasado, lo que, asumida la perspectiva, apuntó al equilibrio en el presente.

El autor neogranadino propuso, entonces, la elaboración de una versión textual del pasado, que le exigiera tomar distancia como medio para representar las diferencias. Las novelas intervinieron así sobre la tradición, la cual históricamente se convirtió en una cadena de interpretaciones acerca del pasado que, quiéralo o no el autor, nunca carecieron de una pretensión de verdad.

Aunque los partidos políticos liberal y conservador optaron por los planes educativos como arma política durante todo el siglo, el liberalismo al que estuvo adscrito Felipe Pérez asumió como propósito político la necesidad de educar al pueblo y utilizó la literatura como instrumento para cumplir este objetivo. Fue así como el narrador-au- tor buscó dar a la ficcionalización de la historia la función de la reflexión. Claro que fueron importantes tanto para el escritor como para

el lector la reconstrucción de los hechos y el placer anecdótico y detallado que éstos representaron, pero los textos no dejaron mucho espacio abierto a la ambigüedad ni a las diferencias de sentido. Condujeron a la reconstrucción de un pasado configurándolo desde los nuevos ejes en los que se articularon las relaciones entre el mundo español y americano. Se construyeron entonces los conceptos de verdad y verosimilitud propios del presente (llamados aquí neutralizaciones del pasado), elementos de equilibrio consolidados en el héroe Francisco Pizarro como hombre entre dos mundos y en el rechazo al papel de la Iglesia católica en el proceso de conquista.

La novela histórica y los discursos que sobre ella se elaboraron contaron con el problema de la verdad como hecho central para la concepción del género novelesco. En las obras de Felipe Pérez se buscó articular los conceptos de verosimilitud y de verdad como propósito fundamental de las novelas. Los textos construyeron su propia verdad, y crearon una serie de relaciones entre el pasado, elaborado por otros discursos, y la tradición historiográfica. Lo que el autor neogranadino buscó no fue llegar a la verdad en el sentido estricto de la palabra como reconstrucción fidedigna de los hechos, como de pronto sí lo buscaba, aunque también de manera indirecta, la historia. Su aspiración fue construir un discurso verosímil que propusiera su propia verdad, a la que se le imprimieron los valores del presente, y a la generación de dicho imaginario estuvieron supeditadas tanto las estrategias de verdad como de verosimilitud del texto. Las novelas de Felipe Pérez buscaron neutralizar las diferencias culturales del pasado, legitimar a partir de otros discursos tanto del pasado como del presente (el Inca Garcilaso de la Vega y William Prescott como los más importantes) y así validar la mirada a la historia hecha discurso.

Este valor fue quizás esencial en sus obras para generar un efecto de realidad. La novela histórica fue apropiada para la simulación de acciones, simulando estar reproduciendo el pasado aunque en realidad estuviera presentando, en el marco de unas ideas, una versión sobre el pasado. El lector no estaba leyendo historia aunque pareciera, no estaba frente a personajes sino ante piezas históricas, constantes y heroicas.

En este proceso de reorganización de la memoria histórica la neutralización de las tradiciones culturales, la española y la indígena, se
fundamentó en la estrategia narrativa de la comparación, con el fin de poder confrontar las diferencias en el equilibrio tanto temporal como espacial. Fundamental fue entonces la necesidad de presentar en una cronología europea el tiempo americano, lo cual lo ubicó en un mismo acontecer histórico. Conciencia de un antes y un ahora unidos por una línea temporal, el concepto de época, tan importante para los escritores de mediados del siglo XIX en la caracterización de su presente, hizo que Pérez construyera un devenir histórico con su propia periodización, devenir que le permitiera ubicar un continuo temporal en el que pusiera el tiempo americano en relación con lo que para él podían significar épocas eminentemente europeas como la Edad Media y el feudalismo.

A la vez, se suprimieron las diferencias cuando las dos sociedades se fundamentaron en las marcadas jerarquías entre los reyes y sus súbditos. Los intereses sociales eran los mismos en el ansia de conquistar territorios tanto por parte de los incas como de los españoles. Fue fundamental aquí la manera en que el autor presenta la conquista como una manera de transformar los mapas europeos y americano, mapas que se constituyen en fortín de oposición al otro, el que debe desplazarse, abandonando lo propio para adquirir un nuevo espacio.

Simultáneamente, las ciudades americanas indígenas se homologaron en sus características a las de la tradición europea, Cuzco y la antigua Creta se compararon en nivel de igualdad, lo que ya de alguna manera las unificó en un mundo y en una historia. A la vez la fundación de las ciudades como forma de implantación del mundo europeo en América implicó la transformación de su paisaje e hizo que los dos mundos tendieran a fusionarse en un solo mapa. La percepción del carácter civilizador de las ciudades permaneció así en la propuesta del escritor neogranadino.

La creación de otras constantes históricas, como la presencia de los hombres de la máscara entre España y América, fue fundamental para el desarrollo argumental de las cuatro obras. La historia se construyó a partir de la traición por medio de las palabras y la muerte de sus gobernantes como resultado de dicha traición. La conspiración se convirtió en una constante de la historia indígena y española, lo que nuevamente las igualó. Constantes narrativas desde el punto de vista argumental
representaron la lógica de la historia, lógica de la presencia española ratificada en la historia americana.

El equilibrio de los dos mundos en una armonía de constantes históricas de las múltiples conquistas, de las ciudades y los hombres de las máscaras estuvo sustentado en el hecho de presentar al héroe Francisco Pizarro como el español que construyó un discurso más cercano al del pensamiento liberal de un neogranadino del siglo XIX que al de un individuo del siglo XVI. No se buscó fundamentar la tradición americana en un personaje que surgió del mundo indígena que ya se asumió como desaparecido, se trató de un discurso antimonárquico en boca de un español que se ubicó entre los dos mundos. Subyace en el discurso del héroe Francisco Pizarro una legitimación del republicanismo liberal del autor, heredero del discurso fundacional criollo. Quizá por esto el personaje asumió el discurso americano, no indígena, desde una distancia crítica que probablemente sólo la dio el tiempo, en lo que apareció siempre enfrentado a los valores de su época. No se pudo desprender de la tradición española: Francisco Pizarro fue el héroe entre los dos mundos, personaje carente de territorio, héroe por excelencia de los desplazamientos y de las comparaciones. Quedó así solucionado el problema histórico de la desaparición del mundo indígena para los americanos, lo que a su vez pudo quedar compensado con la fusión de razas que tendieron a prefigurar permanentemente la historia. El papel de Pizarro fue crear el puente hacia el presente, quizá el nuevo territorio ya no español, pero tampoco indígena. Fue el hombre de ambos mundos que como Cortés vivió como un personaje que buscó adecuar las acciones al discurso, pero también lo más importante, como él, se consolidó en el héroe de la individualidad.

En esta búsqueda de neutralización del pasado, sólo equilibrada al máximo con la presencia de Pizarro, el elemento que se propuso más dañino para el futuro del mundo americano fue la presencia de la Iglesia católica como el instrumento por medio del cual España destruyó los valores de dicho mundo. Las palabras de los representantes eclesiásticos no se adecuaron a los hechos y su máscara propició el mayor peligro ante la riqueza americana, cosas que vivieron el pueblo elegido y sus representantes, los prelados de la Iglesia. Fue por esto fundamental para Pérez transformar el imaginario a partir de una
base anticlerical de la historia de la Conquista. Además de la presenta-
ción del padre Luque como la tipologización del representante de la
Iglesia de una codicia extrema, se cuestionó la participación de la Iglesia
por su manera particular de contar la historia, adjudicándole al tiem-
po divino unas características ajustadas a sus intereses. Así de manera
explicita apareció en las obras la confrontación de las versiones de la
participación del arcángel san Miguel en la batalla de Puná.

Más que una actitud anticatólica, la propuesta de Pérez fue anti-
clerical. América como la perdición del cristianismo, y dicha perdi-
ción se adjudicó en gran medida a los personajes de la Iglesia. El ele-
mento español que permaneció en la tradición americana que debió
desaparecer fue el poder de la Iglesia. Pero aun así, la presencia final y
conciliatoria de fray Modesto, aquel maleante convertido al catolicis-
mo ante la presencia de la naturaleza americana y ante la muerte, dio
nuevamente a Felipe Pérez una solución al conflicto que pudo presen-
tarle la tradición y aceptó la presencia quizá de una nueva Iglesia, que
como fray Modesto fuera capaz de rechazar las codicias y las riquezas
adquiridas por la Iglesia anterior en manos del padre Luque.

La constitución de imaginarios culturales requirió la rearticula-
ción de la experiencia histórica nacional desplazada al pasado del Perú.
Quizá de esta manera la novela histórica quiso dar a la memoria un
lugar de poder. Puede hablarse entonces del carácter fundacional de la
novela porque surgió de una necesidad de los neogranadinos de reco-
nocerse en la pregunta por el pasado, creando un discurso indirecto
sobre lo nacional. Así el imaginario participó del papel social de la
literatura, buscando una transformación en la manera de ver el pasa-
do, lo que indiscutiblemente tuvo que ver con la ideología. El concepto
de nación dependió así de la adquisición de la conciencia del tiempo.
La novela proporcionó, al menos desde su intención, una manera de
imaginar las naciones y tuvo el potencial de transformar la realidad,
imprimiéndole su propia imagen. Felipe Pérez, desde la concepción
de la élite liberal, consideró la literatura como la labor indispensable
para el desarrollo de la nacionalidad, y en esta perspectiva su extensa
producción sobre el pasado indígena y de conquista fue una proyec-
ción política de la literatura y por lo tanto un intento por influir en la
sociedad neogranadina.
Bibliografía

1. Obras de Felipe Pérez citadas en el trabajo

Pérez, Felipe, Atahualpa, Imprenta de Echeverría Hermanos, Bogotá, 1856.
———, Huayna Capac, Imprenta de Echeverría Hermanos, Bogotá, 1856.
———, Los Pizarros o continuación de Atahualpa, Imprenta de Echeverría Hermanos, Bogotá, 1857.
———, Jilma o continuación de los Pizarros, Imprenta de Ovalles y Cía., Bogotá, 1858.
———, Análisis políticos, sociales y económicos de la República del Ecuador, precedida de un resumen geográfico e histórico de la misma, Imprenta del Neograna-dino, Bogotá, 1853.
———, Compendio de geografía elemental y prontuario del atlas colombiano, J. J. Pérez, Bogotá, 1888.
———, Compendio de geografía universal: contiene la geografía particular de los Estados Unidos de Colombia, Echeverría Hermanos, Bogotá, 1871.
———, Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia, Imprenta de la Nación, Bogotá, 1862.
———, Geografía física y política del Distrito Federal, Imprenta de la Nación, Bogotá, 1861.
———, Geografía física y política del Estado de Bolívar, Imprenta de la Nación, Bogotá, 1868.
———, Geografía general del nuevo mundo y particular de cada uno de los países y colonias que lo componen, Bogotá, J. J. Pérez, 1888.
———, “La literatura suramericana”, en La Biblioteca de Señoritas, n° 7, Bogotá, 13 de febrero de 1858.

2. Obras de los siglos XVI y XVII

Montesinos, Francisco, Memorias antiguas y modernas del Perú.
3. Obras del siglo xix

Caicedo Rojas, José, “De la novela”, en La Biblioteca de Señoritas, n° 11, Bogotá, 14 de marzo de 1858.

———, (Yarilpa), “El romance. La necesidad de que las poéticas suramericanas cultiven este género”, en La Biblioteca de Señoritas, n° 6, Bogotá, 7 de febrero de 1858.

Caro, Miguel Antonio, Obras completas, Bogotá, 1920.

Donoso Cortés, José, “El clasicismo y el romanticismo”, en La Siesta, n° 1, Bogotá, 20 de julio de 1852.


s.a. “Las novelas”, en El Museo, Bogotá, n° 1, 1 de abril de 1849.

4. Fuentes secundarias


5. Obras teóricas


CONTENIDO

PRÓLOGO
9

TEMPORALIDAD HISTÓRICA
EN EL TIEMPO DE LA NOVELA
21

LA NOVELA HISTÓRICA EN SU
DIÁLOGO CON OTROS DISCURSOS
51

ABSORCIÓN DEL DISCURSO DE LA HISTORIA
69

CIERRE
97

BIBLIOGRAFÍA
103
Carmen Elisa Acosta Peñaloza

es profesora asociada del Departamento de
Literatura de la Universidad Nacional de
Colombia en las áreas de teoría literaria y
literatura colombiana del siglo XIX.

Es magister en literatura hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo y magister en
historia de la Universidad Nacional de
Colombia. En la actualidad se encuentra
realizando su tesis doctoral en filología
hispanica en la UNED de Madrid.

Ha publicado los libros Invocación del
lector bogotano de finales del siglo XIX:
Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá de José
Maria Cordovez Moure (Instituto Caro y
Cuervo, 1993) y Lectores, lectoras y leídas:
historia de una seducción a mediados del
siglo XIX (Premio Nacional de Ensayo
Académico, ICFES, 1999).

Otros títulos de esta colección (2002)

Ensayos sobre teoría sociológica
(Durkheim, Weber, Marx)
Héctor Eduardo Pérez Rivera (ed.)

Estudio epidemiológico de salud y
maloclusión dental en niños de Bogotá
Lucía Peña Serrato y Clara Inés Gordillo
de Mayorga (eds.)

Mecánica de fractura y análisis de falla
Héctor Hernández Albañil
Edgar Espejo Mora

Miguel Antonio Caro:
y la cultura de su época
Rubén Sierra Mejía (ed.)

Peregrinación en pos de omega
Gabriel Restrepo

Puericultura de la pareja
Arturo Jiménez Rodríguez

Reflexiones sobre educación
universitaria II-Evaluación
Nohra Macieido Clavijo
Anaílida Elizabeth Pinilla Roa
Jacinto Sánchez Angarita (eds.)
Para el siglo XIX colombiano, como para el resto de América Latina, la herencia española se constituyó en uno de los elementos más polémicos en cuanto a la perspectiva con la cual se miró el presente y la necesidad de proyectarse hacia el futuro. De la toma de posición ante el pasado americano y su relación con España, dependió en gran parte el concepto de nación con el que se buscó consolidar las propuestas tanto políticas y económicas, como educativas y culturales.

La expresión literaria que participó de manera más activa en este proceso fue la novela histórica. La proliferación de obras permite suponer la necesidad de crear una relación con el pasado, que si bien fue propia de la expresión romántica europea de la cual provino, se adecuó particularmente a las necesidades culturales del periodo posterior a la Independencia.

La literatura se constituyó, entonces, en un elemento fundamental de las sociedades letradas para la formación y la consolidación de la nacionalidad. Felipe Pérez participó de la propuesta romántica que en su vertiente histórica y en la preocupación por el pasado indígena construyó una serie de cuatro obras que, al contribuir al interés particular de consolidar un sentimiento nacional, se cuestionó sobre el pasado indígena y de la conquista, en un interés amplio por colaborar con la mirada que sobre el mundo español producía la literatura y el propósito que así asumía ante sus lectores. Fue ésta la función social de la que participaba la literatura. El escritor neogranadino Felipe Pérez (1836-1891) hizo parte de este proceso con sus cuatro novelas históricas que se refieren al pasado incaico y de la conquista: Huayna Capac (1856), Atahualpa (1856), Los Pizarros (1857) y Mima (1858). Es inevitable para la construcción de nuestro pasado literario y su relación con la política inferir cómo la literatura participó en la construcción de una mirada sobre la presencia de los españoles en América y la manera como se proyectó en el presente del escritor neogranadino y sus lectores.